

Nº 31 - Año 2022 | Distribución gratuita | ISBN 2525-0957

CUADERNO DE LA BNB



MUESTRA

El tesoro de las lenguas

BD: HISTORIETA.
De Palermo a Montparnasse



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO

CUADERNO DE LA BN

Publicación bimestral de la Biblioteca Nacional
Mariano Moreno.
Año 6 N° 31
Distribución gratuita
ISSN 2525-0957

Presidente de la Nación

Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura

Tristán Bauer

Biblioteca Nacional

Director

Juan Sasurain

Subdirectora

Elsa Rapetti

Director Nacional de Coordinación

Bibliotecológica

Pablo García

Director Nacional de Coordinación

Cultural

Guillermo David

Director General de Coordinación

Administrativa

Roberto Gastón Arno

Jefe del Departamento de Publicaciones

Sebastián Scolnik

Editor Cuaderno de la BN

Diego Manso

Redacción

Área de Publicaciones

Jefe del Departamento de Diseño

Alejandro Truant

Diseño

Máximo Fiori

Director de Producción de Bienes y

Servicios Culturales

Martín Blanco

Imgen de tapa

Foto de Tatiana del Río/Silvana Truant

SUMARIO

4

BD: Historieta

La BN presenta una muestra en la sede de la Alianza Francesa que explora la relación de ida y vuelta entre dibujantes argentinos para el mercado de la *bande dessinée*.



10

El tesoro de las lenguas

Una muestra expone material del acervo bibliográfico relacionado con las lenguas indígenas.

14

Itinerarios de una edición malograda

Un libro del que se conocen dos ejemplares en el país registra la historia política de Córdoba hasta el siglo XIX.

16

Nuevos Investigadores

Una nueva edición del programa de la BN dedicado a estudiantes secundarios.

18

Elige tu propia bacteria

Ediciones Biblioteca Nacional publica *Inverosimilitudes bacteriológicas o Revelaciones microbianas*, de Silverio Domínguez.

20

Rostros del crimen

Fotografías de Alejandro Meter para un proyecto creado por Damián Vives, a partir de 2017, sobre autores argentinos de género negro.



22

Indios, herejes y fronteras

Francisco Hermógenes Ramos Mejía es una figura poco conocida del panteón historiográfico argentino.

26

Penumbras de la sed

A doscientos años de la primera edición en español de *Drácula*, publicada en Argentina por el diario *La Prensa*.

30

Lecturas

Crónica de Tomás Schuliaquer.
Poemas de Francisco Brines.

36

Cine

37

Breves

38

Muestras itinerantes

La muestra sobre Landrú exhibida en la BN durante 2018 llega a Mar del Plata.

STAFF

Un acto de fe

En su libro *Los trazos de la canción*, Bruce Chatwin describe el método de los aborígenes australianos para demarcar un territorio: el mapa abarca lo que dura una canción, transmitida a lo largo de generaciones, tarareada durante días enteros por quienes atraviesan los desiertos.

Cada accidente geográfico está señalado por un episodio de una saga inacabable; las antiguas en-dechas bisbiseadas en lenguas ignotas son no solo la memoria de la tribu sino también una guía de navegación. La palabra —el relato— funda el mundo; su temporalidad lo mapea. Pero el territorio existe solo cuando alguien lo declama. Es decir: de la plegaria emana soberanía. Estar en el mundo es, pues, un acto de fe.

Más modernos, pero no necesariamente más sabios, nosotros apelamos al libro, a la letra impresa, en el peregrino afán de dar testimonio de nuestro paso por la vida asidos a nuestras frágiles pero persistentes creencias. Las bibliotecas dan cuenta de ese esfuerzo melancólico y feliz que, en definitiva, consigna y alumbra el destino de las naciones.

Desde los dilemas por la traducción de las lenguas originarias de nuestro suelo hasta la migración de ida y vuelta entre Francia y Argentina de la narrativa dibujada, pasando por las imaginaciones utópicas o las narrativas policiales, entre otras derivas, este número de *Cuaderno de la BN* refleja momentos singulares de la memoria escrita, visual y sonora de aquello que conforma nuestro país.

Guillermo David

Director de Cultura de la Biblioteca Nacional



Mia

laisse tomber!

Mia

BD: HISTORIETA. DE PALERMO A MONTPARNASSE

El Centro de Historieta y Humor Gráfico de la Biblioteca Nacional presenta en la sede central de la Alianza Francesa de Buenos Aires, hasta febrero de 2023, una muestra dedicada a aquellos autores que atestiguan uno de los intercambios más singulares de la producción historietística para el exterior, aquella publicada o producida para el mercado de *la bande dessinée*.

La evolución histórica del lenguaje de la historieta debe leerse también como un fenómeno muy ligado a las migraciones y a la circulación transnacional de productos culturales. En ese panorama, la correspondencia de caricatura e historieta con Francia es, por una parte, la más antigua y, por otra, en la actualidad, una de las más ricas en sus posibilidades expresivas y experimentales en función del lenguaje y de la figura contemporánea del “autor”, clara distinción que signa el rol del historietista ante el lector y con su obra, en ambas regiones.

Orígenes: de Montparnasse a Palermo

Los primeros relatos gráficos secuenciados en viñetas publicados en el Río de la Plata fueron realizados por inmigrantes e hijos de inmigrantes franceses en la década de 1870. La comunidad francófona en Argentina fue la más importante durante la primera mitad del siglo XIX, con una numerosa cantidad de dibujantes y de obreros gráficos. Al igual que la técnica litográfica, la caricatura fue introducida en nuestro país por sus creadores, y la historieta fue difundida ampliamente primero a través de la obra de Cham y más tarde de autores como Caran D’Ache, René Bull y Benjamin Rabier, a través de la prensa en francés; de ahí se orientó a su

reproducción en los primeros semanarios ilustrados como *Caras y Caretas*, ya con vistas al siglo XX.

Curiosamente, el relato gráfico más antiguo detectado hasta hoy en nuestra investigación sobre los orígenes y el primer desarrollo de la historieta en Argentina es un ejemplar de sátira política influenciada por la experiencia insurreccional de la Comuna de París (1871). Fue publicado en *El Petróleo*, en 1875, en una serie sucesiva firmada por Alfred Michon, un inmigrante que, siguiendo el derrotero de muchos otros, había arribado a Brasil para luego establecerse en Buenos Aires. El periódico *El Petróleo* instaba a dar “muerte a los ricos y fuego a las iglesias”, y fue el efectivo incendio de una iglesia lo que sellaría su abrupto cierre, la partida rauda del editor hacia otros países latinoamericanos y la invisibilización de Michon. Es significativo este debut local de la historieta al darse con esa radicalidad discursiva que preanunciaba el carácter crítico que desarrollaría recurrentemente el género a lo largo de diversos períodos.

A este primer dibujante francófono pronto se sumaron otros: Damblans, Meyer y Henri Stein, quien en los almanaques anuales de *El Mosquito* incluía como atracción principal secuencias de relatos gráficos. En *El Petróleo* también colaboraba Carlos Clérice.



Monseñor Aneiros, arzobispo de Buenos Aires, satirizado por Alfred Michon en *El Petróleo*. Órgano de las últimas capas sociales y de las primeras blusas comunistas, 1875.

Ida y vuelta: de Palermo a Montparnasse

Puede considerarse a Carlos Clérice (Buenos Aires, 1855 - París, 1912) como el primer dibujante argentino en emigrar hacia Francia, luego de haber colaborado con varios periódicos satíricos locales e ilustrado la primera edición de *La vuelta de Martín Fierro*. Junto con su colega Cándido de Faría, establecieron en París, hacia 1881, una imprenta litográfica. Clérice, que en Europa trocó su nombre por Charles, produjo ilustraciones de partituras, libros y afiches (entre ellos los de algunas películas de Méliés), y hacia el final de su vida publicó secuencias de historieta en la forma del tradicional “cuento vivo” en semanarios populares para niños.

Con esto, la muestra ya desarrolla el recorrido cronológico de autores y casos de argentinos que migraron, se exiliaron y exportaron su obra hacia el mercado francés. *BD: Historieta* expone originales de veinticuatro dibujantes argentinos, decenas de libros y revistas editados en Francia, a lo que se suman afiches, cartas originales, fotografías y otros documentos que amplían esa nómina. Gran parte de estos documentos se exhiben por primera vez. Del rico patrimonio conservado en el Centro de Historieta se exponen obras de autores clásicos e insospechados como Oski, Adolfo Mazzone y Carlos Roume. La muestra cierra con piezas recientes de autores netamente experimentales como Pedro Mancini y Natalia Novia, sumados para ofrecer un panorama más amplio de las formas que ofrece la edición francesa: aquella que abarca desde la producción para la gran industria editorial de sellos como Dargaud o Glénat a las formas independientes y autogestionadas de pequeños editores dedicados a difundir autores argentinos, como Claire Latxague o Thomas Dassance.

Para la producción de la muestra se ha realizado una serie de entrevistas exclusivas con autores y editores, con testimonios audiovisuales de los cuales se recortaron algunas frases que acompañan las obras para ofrecer una mejor lectura de las circunstancias de publicación y de creación.

Copi o la subversión

De esas entrevistas se destaca la realizada a la actriz franco-argentina Marilú Marini, amiga personal de Copi (Raúl Damonte Taborda [Buenos Aires, 1939 - París, 1987]) y quien estrenó, con dirección del también argentino Alfredo Arias, la versión teatral de su historieta *La mujer sentada*, aquella obra que a inicios de los años sesenta había conmovido a Francia desde las páginas de *Le Nouvel Observateur*. “La gente que seguía a *La mujer sentada* y a Copi cubría un cierto espectro intelectual de peso. Copi se convirtió en una figura muy franca para presentarse ante la sociedad. Él acá hizo *Loretta Strong*, y la interpretó desnudo, con su cuerpo todo pintado de verde y con el pito pintado de rojo. Imaginate el impacto. Copi era culturalmente un removedor”, dice Marini.

Por su parte, el dibujante José Cuneo, de quien recientemente hemos incorporado obras al acervo institucional,

testimonia: “Yo llegué a París en 1986, nunca pensando ‘aquí me voy a quedar’ [...]. Copi dibujaba en la revista *Gai Pied*, y él falleció en diciembre de 1987. Quedó ese vacío en la revista, una página doble de humor que me dieron a mí después. Incomparable con Copi, que es un groso. Estuvo desde el primer número de *Gai Pied*, en 1979, y poco se habla de esa producción suya donde dibujaba la vida cotidiana de los gays”.



Les carnets de route de Robert en Argentine, en *Gai Pied*, nro. 479-480, julio de 1991. Tinta.

En la muestra pueden observarse los dos libros de la biblioteca personal de Marini que remitió desde París, y también un ejemplar de la edición francesa de *El Tigre*, de Arias y Cuneo, y los originales de “Buenos Aires Gai”, donde su álter ego Robert expone el choque cultural entre un francés gay y el clima de opresión sexual argentino de inicios de la década del noventa.

En cierto sentido, estas obras dialogan con las de Rubén Sosa y Leopoldo Durañona. Sosa realizó la adaptación del cuento “Un hombre”, de Enrique Medina, que denuncia la sordidez de un torturador en los años setenta. Firmada bajo seudónimo, fue publicada en la notable revista *Charlie Mensuel*, dirigida nada menos que por Georges Wolinski (asesinado hace pocos años en el atroz atentado terrorista a la *Charlie Hebdo*), quien además prologó la adaptación.

Una copia facsimilar de la carta que el ministro de Cultura francés Jack Lang dirigiera a Elsa Sánchez de Oesterheld comunicándole el otorgamiento de la distinción de Oficial de las Artes y las Letras de Francia a Héctor Germán Oesterheld sella el panorama contemporáneo de autores que debieron exiliarse por razones políticas e ideológicas, pero también a causa de la represión cultural, social, sexual y creativa que se sufría en Argentina desde el golpe de Onganía.

Se expone también la obra “Tuyutí...”, de Guillermo Saccomano y Leopoldo Durañona, creada en 1975 pero publicada aquí recién en 1979, que previamente había tenido su primera edición mundial en Francia. De Durañona también se exhibe una extraordinaria versión de *Arzach*, homenaje a Moebius, historietista francés que

es probablemente el que más ha influido y aún influye a los creadores argentinos. Esta obra está reproducida en el póster-programa que se obsequia a los visitantes de la exposición en la Alianza Francesa.

La escuela argentina en Francia

En los años setenta, *Charlie Mensuel* introdujo a Alberto Breccia y al “Alack Sinner”, de José Muñoz y Carlos Sampayo, autores que influyeron en sus pares europeos y aun en los estadounidenses con sus magistrales aportes de la escuela del blanco y negro. De “El corazón delator”, de Breccia, se exponen los fotolitos que él utilizó para su formidable experimento de relato gráfico, donados recientemente por Lorenzo Amengual a la Biblioteca Nacional. El curador y editor Thomas Dassance, quien vivió varios años en nuestro país y hoy publica autores argentinos en Francia, revela: “Una de las cosas que caracteriza a la historieta argentina es una cuestión a la vez plástica y de producción: todos se sorprenden de que lo patrimonial esté en blanco y negro. Es algo que en Argentina se ve como natural y en Francia no, porque los grandes clásicos de la historieta de Francia están hechos a color, y los grandes clásicos de la historieta argentina están en blanco y negro. Es una cuestión plástica no menor, porque influyó en los grandes maestros del blanco y negro que supo generar Argentina. Toda una escuela donde cada uno fue encontrando su estilo”.



El corazón delator, de Alberto Breccia, en la portada de *Charlie Mensuel*.

Dos de esos maestros del blanco y negro son Eduardo Risso y Domingo Mandrafina. Del primero se exponen originales de *Parque Chas*, la serie que guionaba Ricardo Barreiro. De este escritor, que vivió a fines de los setenta en Francia, se exponen contratos, fotografías y cartas dirigidas a su hermano Enrique, donde cuenta sus proyectos en Francia. Por su parte, Mandrafina publicó, con guión de Carlos Trillo, la brillante *Cosecha verde (La grande arnaque)*, cuya segunda parte fue galardonada en el Festival de Angouleme con el premio al mejor guión en 1999. Trillo no solo orientó gran parte de toda la producción de sus últimos veinte años de trabajo al mercado francés, sino que además abrió las puertas a una nueva generación de dibujantes: Juan Bobillo, Pablo Tunica, Juan Sáenz Valiente, Lucas Varela, entre otros. *La grande arnaque* signó el debut de Elisabeth Haroche como editora. Ya en la primera década del siglo XXI, Haroche introdujo en Francia obras de Quique Alcatena, Horacio Lalia y toda una pléyade de dibujantes nuestros. “En [la editorial] Albin Michel todos estaban encantados de leer esas historias tan originales que se diferenciaban del mercado franco-belga, y los autores argentinos no se tenían que adaptar al mercado francés”, relata Haroche.

Las nuevas generaciones migrantes

A partir de esa etapa, autores como Lucas Varela, Diego Agrimbau y Juan Sáenz Valiente, entre otros, comenzaron un recorrido de idas y vueltas entre Argentina y Francia, y fueron pioneros en las residencias de la Maison des Auteurs de la Cité de Angouleme, de donde surgieron diversos proyectos de novelas gráficas. En el caso de Varela, además, dicha experiencia funcionó como canal para su establecimiento en Burdeos, donde reside y trabaja actualmente, produciendo un libro tras otro, como autor integral o en colaboración con franceses y argentinos.

La muestra expone en sus testimonios opiniones a veces encontradas, a veces complementarias, que en conjunto nos hablan de un panorama general rico y complejo, de diferencias con la realidad de la historieta en Argentina y de la inserción del autor local en aquellas tierras. Así, Agrimbau observa: “Todos los editores con los que yo trabajé en Francia son ‘sí o no’. A lo sumo te dan opinión de lo que les parece, pero no te dicen ‘cambíame esto, mejorame esto, cambíame el final...’; eso me pasó con los yanquis. Por eso, yo no trabajo con los yanquis”.

Y cuando Varela describe que Trillo tenía muy claro qué tipo de historia podía interesar al mercado francés hace veinte años, Agrimbau reflexiona: “Hoy por hoy, me molesta ponerme las plumas para venderles un libro a los franceses. Los desaparecidos, la dictadura, el Che Guevara como algo social-antropológico para que digan: ‘qué interesante, los conflictos de Latinoamérica’. Y si no es eso, no te compran otra cosa. Durante mucho tiempo se sentía así: si vos ibas con una ciencia ficción, te decían ‘no, esto lo hacemos nosotros. Vos contame de las indias que hacen ahí. Por ahí, yo quiero contar una de naves espaciales”.

El síndrome Guastavino



Las obras expuestas de este guionista junto con Gabriel Ippóliti, Dante Ginevra o Varela mismo dejan en claro que ha conseguido insertar sus historias fuera de esos estrechos márgenes impuestos al localismo. Agrimbau escribe y publica formidables relatos gráficos de ciencia ficción y otros géneros sin ceder al exotismo.

Pedro Mancini —de la última generación de historietistas, que comienzan a darse a conocer desde soportes como el blog y de allí pasan a la edición en libro— destaca la enorme cultura de la historieta en Francia, un país orgulloso de este lenguaje y de su lectura.

A lo largo de la muestra se describe el creciente fenómeno de la mujer historietista, que viene abriendo nuevas formas de relatos y sensibilidades que amplían los márgenes del lenguaje. A la obra expuesta de María Alcobre (un exquisito tango traducido y reinterpretado gráficamente por ella) se suman ediciones de varias autoras y los originales de Sole Otero y de Natalia Novia. Esta última opina que “lo que nos pasa como mujeres, en Argentina o en Francia, nos pasa a todas. En lo cultural hay diferencias importantes, pero en sí, los temas que nos atraviesan y nos perturban terminan siendo siempre los mismos: el amor, la incertidumbre, el trabajo, la maternidad o no...”.

En este momento en la Maison des Auteurs hay dos argentinas trabajando: Sole Otero y Lauri Fernández. Otero ha logrado un gran impacto con su novela *Naphtaline*. Esta muestra, que

ha contado con el apoyo de la Alianza Francesa, el Instituto Francés, la Embajada argentina en Francia, la Cancillería argentina, la Biblioteca de la Cité de Angouleme, y con la producción de varios sectores de la BNMM, celebra, en definitiva, el antiguo, rico, próspero y vivo diálogo entre dos potencias de la historieta mundial.

José María
Gutiérrez



EL TESORO DE LAS LENGUAS



La Biblioteca Nacional presenta una muestra con el material de su acervo patrimonial relacionado con las lenguas indígenas, centrada en algunas obras conservadas en la Sala del Tesoro, de gran valor testimonial y bibliográfico: gramáticas, vocabularios, toponimias, entre otros. Estos libros, que refieren una larga historia sobre las lenguas aborígenes, son cruciales para mantener abierto el debate sobre la lengua y las lenguas que hablamos o fueron habladas en lo que hoy llamamos Argentina.

La Argentina es una nación pluriétnica en la que conviven múltiples lenguas, tanto autóctonas como producidas por los flujos migratorios. Junto al castellano oficial dominante, en el actual territorio nacional existieron y existen lenguas habladas por colectivos sociales diversos, entre los que se destacan los pueblos originarios, que bajo condiciones en general adversas aún sostienen el uso de sus lenguas con distintos grados de vitalidad. Minorizadas, amenazadas por la presión lingüística del castellano y la pérdida paulatina del uso familiar, las lenguas que permanecen activas, así como los restos de las que ya se han extinguido, invitan a reflexionar sobre la presencia de los olvidados de nuestra cultura nacional: aquellos que San Martín llamara “nuestros paisanos, los indios”.

Es que, efectivamente, hubo conquista. Y hubo colonización. Guerras, desplazamientos humanos, disputas territoriales, mestizaje, genocidios, imposiciones y transformaciones culturales y ecológicas marcaron diversos destinos para las lenguas que hablaban los pueblos nativos a la llegada del mundo europeo que acabó por imponer su hegemonía en el que sería el actual territorio nacional.

En la primera frase de su, en muchos sentidos, inaugural *Gramática sobre la lengua castellana* publicada el mismo año del arribo de Colón a América, Antonio de Nebrija estableció el nexo íntimo y fatal entre lenguaje y política: “[...] una cosa hallo i saco por conclusión mui cierta: que

siempre la lengua fue compañera del imperio”. Hablaba del Imperio romano, pero también de la España que ensayaba, basado en aquel, su propio intento moderno de dominio del mundo.

En el proceso de imposición del español por parte de la corona en América del Sur, la experiencia evangelizadora de las órdenes religiosas —particularmente jesuíticas— recomendaba una operación compleja consistente en la traducción de los textos canónicos a una lengua dominante en un territorio determinado, a la cual se buscaba imponer como lengua general tal como había sido hecho en Europa con el latín. Pero a diferencia de lo sucedido con aquella experiencia histórica, se había llegado a la conclusión —que comportaba un reconocimiento del fracaso inicial— de que para imponer el español como el nuevo latín americano había que apelar primero a la hegemonía de una lengua aborígen que unificara la Babel nativa. Para ello se procedió a la confección de gramáticas y diccionarios (y sus dispositivos de intermediación: léxicos, calepinos, misales, chrestomatías, exempla, sermonarios, etc.) que obrarían como facilitadores pedagógicos tanto para los indígenas como, principalmente, para los propios misioneros. Se trataba en el subcontinente, pues, de una múltiple traducción: de la lengua estatal-militar-ecclesial española al guaraní, el quechua, el aymara o el mapuche, entre otros idiomas. Y a la inversa: de estos al español peninsular que, ciertamente, se encontraba en pleno proceso de consolidación: contemporánea de

la llegada a América, la —muy relativa— imposición de la lengua de Castilla al conjunto del país mediterráneo estaba apenas en ciernes. Por entonces la península ibérica estaba habitada por un conglomerado de bajos latines (con la excepción del vasko) articulados con los restos lingüísticos de la milenaria ocupación árabe, que tardarían en lograr cierta uniformidad bajo el castellano oficial.

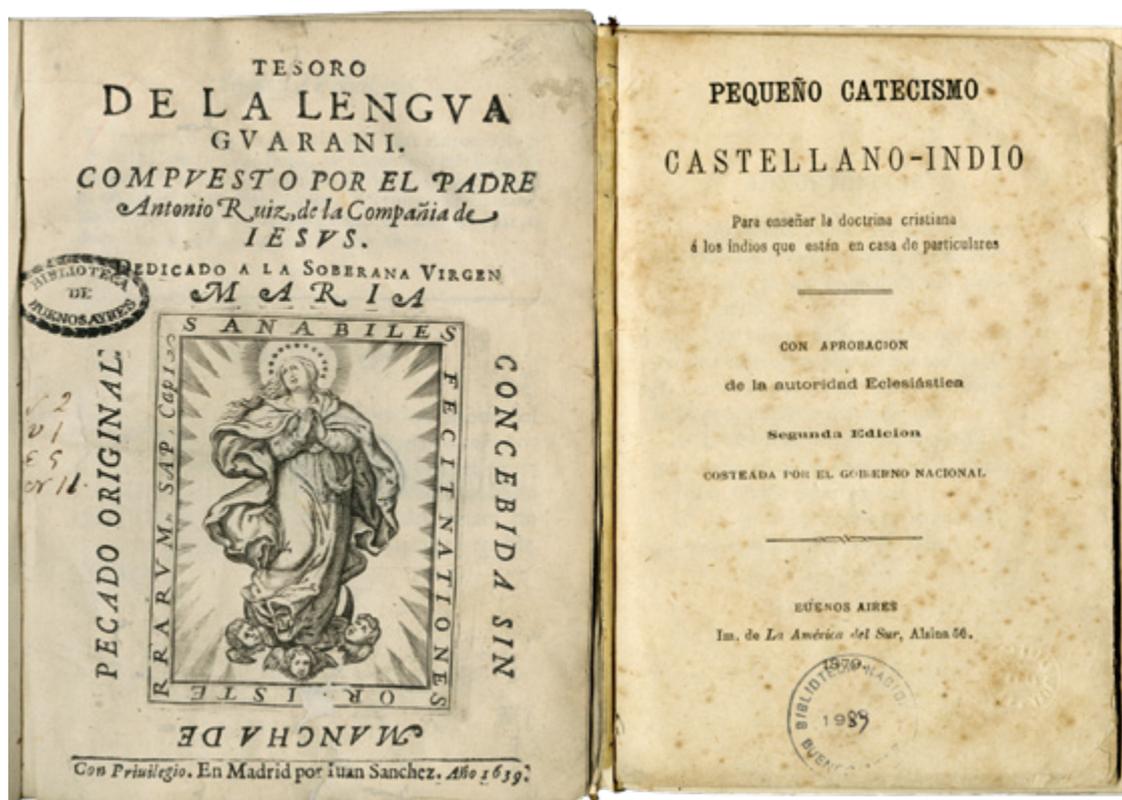
Entre la copiosa producción de libros de este período, se encuentran el *Tesoro de la lengua guaraní*, del jesuita Antonio Ruiz de Montoya, nacido en Lima en 1582; la *Gramática y arte nueva de la lengua general de todo el Perú*, llamada *lengua Qquichua*, o *lengua del Inca*, compuesta por el padre Diego González y Holguín en 1607; el *Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocoté*, escrita por el padre Antonio Machoni, nacido en Cerdeña, en 1671; entre muchas otras.

Con el paso del tiempo, se sucedieron las conquistas espirituales y militares; vinieron las fronteras, las persecuciones y las expulsiones. Algunas lenguas desaparecieron junto a sus hablantes, otras quedaron reducidas a lenguas vernáculas, acotadas a espacios limitados, a veces solo familiares, otras apenas sobreviven en la memoria deshilachada de algunos ancianos. En no pocos casos dejaron sus rastros en la toponimia, la botánica o la zoología, así como en los mitos y relatos étnicos que

alimentan nuestro folclore. Pero también han permeado el español usual en el país.

Una gran cantidad de palabras indígenas, presentes en el habla argentina, muestran el diálogo no siempre percibido con las culturas preexistentes. Cuando pronunciamos los nombres de lugares como Chaco, Neuquén, Paraná, Chivilcoy, Catamarca, Toay o Ascochinga, no solemos advertir que las culturas indígenas que habitaron esos sitios indicaban en sus lenguas un lugar de cacería, el nombre de un clan, un suceso memorable o un espacio sagrado. Mucho menos cuando nombramos objetos de la vida cotidiana cuyo origen indígena solemos ignorar por estar ya incorporados y naturalizados en nuestro léxico. Palabras como poncho, cancha, quincho, totora, rancho, puma, pampa, poroto, palta, tucu-tucu, piquillín, pilcha, ojota, ñato, marlo, lapacho, vicuña, jején, guanaco, humita, gualicho, guasca, guacho, chicote, yuca, chirlo, chasque, chusma, chinchulines, yapa, chala, charango, chirola, chaucha, coca, changa, chapalear, carpa, cóndor, caracú, camalote, cococho, aguaribay, coyuyo, bagre, carancho, adobe, y un sinnúmero de otras de uso a veces regional, a veces universalizado —presentes en otras lenguas como el portugués— nos recuerdan que las lenguas encuentran modos eficaces de sobrevivir.

Pero una lengua vive en sus hablantes. Pese a que no



Izq.: Antonio Ruiz de Montoya, *Tesoro de la lengua guaraní*, Juan Sánchez, 1639. Sala del Tesoro, BNMM. Der.: *Pequeño catecismo castellano indio*, publicado en Buenos Aires en 1879 y costado por el Gobierno nacional, BNMM.

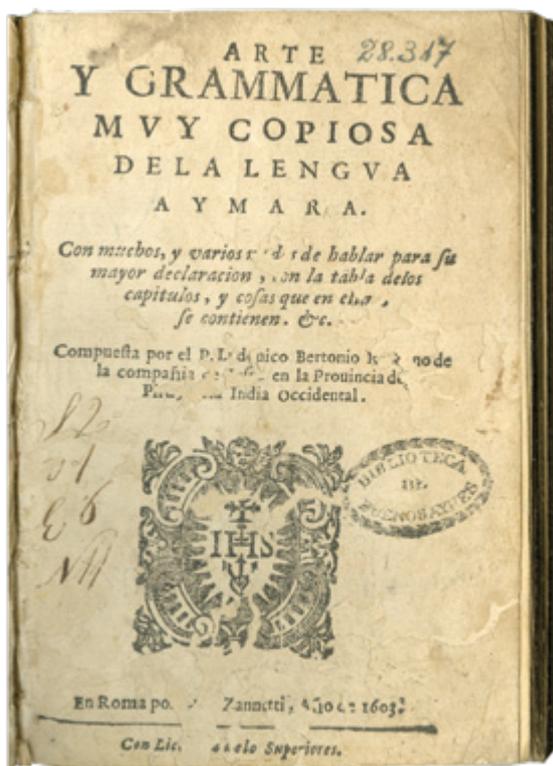
todas las etnias existentes en la actualidad en el territorio argentino preservaron su lengua originaria como vehículo de comunicación, no pocas mantienen cierta capacidad lingüística con diversos grados de vitalidad. Según los lingüistas, permanecen activas quince lenguas indígenas: ava-guaraní, aymara, chané, chorote, chulupí, guaraní, mapudungun, mbyá guaraní, mocoví, pilagá, qom (toba), quechua, tapiete, vilela y wichí, con distinto grado de vigor y geográficamente distribuidas de manera desigual. En el Gran Chaco argentino se encuentra la mayor concentración de pueblos indígenas del país; nueve son las lenguas activas en la región.

El quechua proveniente del incario existe en la Argentina bajo la forma dialectal del quichua santiagueño y del quechua hablado por los habitantes del NOA y los migrantes de países como Bolivia y Perú. Lo mismo sucede con el guaraní, que admite sus variantes paraguayas inmigratorias —el yopará estatizado—, sobre todo en los grandes centros urbanos, así como las versiones correntina y entrerriana, criollas, con no pocas de sus formas dialectales sustentadas por grupos indígenas que, por otro lado, conviven con lenguas del Gran Chaco pertenecientes al mismo grupo lingüístico. Algo similar ocurre con las lenguas del Sur: al mapuzungun, de fuerte presencia en la Patagonia, lengua compartida con los mapuches chile-

nos, hay que agregar el tehuelche, el ranquel, el huilliche y otras variedades englobadas bajo el nombre genérico “pampa”, con menor grado de vivacidad, en franco retroceso pese a las diversas formas estatales y comunitarias que se intentan para gestionar su actualización.

No pocas de las lenguas han sido dadas por desaparecidas o en estado de extinción. Así, el milcayac y el allentiac, las dos lenguas huarpes de Cuyo, o el haush y el yámana, de Tierra del Fuego, o el cacán, el lule, el vilela o el kunza del NOA, ya sin hablantes, aunque con supervivencias en la toponimia o el léxico, han dejado diversos registros en relatos de viajeros, exploradores, religiosos, militares y científicos en distintos períodos históricos. Asimismo, abundan compilaciones de relatos orales, canciones, leyendas y poesía en ediciones bilingües. Incluso no faltan clásicos de la literatura traducidos a lenguas indígenas: el *Martín Fierro* conoció versiones al quichua santiagueño y al guaraní, así como el *Quijote*; *Mafalda* y *El Principito* fueron vertidos a varias lenguas nativas y la Biblia fue traducida al pilagá, el wichi y el qom por misioneros protestantes. No pocas veces la literatura nacional ha recogido los restos del habla aborígen presentes en la población criolla, como en el caso de *Shunko* de Jorge Washington Ábalos o *Eisejuaz* de Sara Gallardo, cuyos protagonistas dejan fluir la lengua antigua de sus ancestros entremezclada en algunas partes de su relato. En los últimos años se han confeccionado cartillas de enseñanza para las comunidades de hablantes aborígenes con el propósito de contribuir a su transmisión, en proyectos educativos tanto oficiales como alternativos. El fenómeno fue acompañado por legislación pertinente, nacional y provincial, y dispositivos de enseñanza articulados con la escuela pública, que contaban con programas bilingües y capacitación de agentes —auxiliares idóneos, de origen étnico, así como lingüistas o trabajadores sociales— en proyectos territoriales de distinta, a menudo acotada, eficacia.

El vasto acervo lingüístico de quienes poblaron y hoy habitan el territorio constituye un patrimonio de singular relevancia para la reconstitución y el fortalecimiento del tejido social, en la medida en que provee el sustrato básico que faculta la asunción de la pluralidad cultural que conforma la Argentina. Las múltiples lenguas y dialectos que sustentan identidades diferentes, tanto en su evolución histórica como en la actualidad de su frágil existencia, registradas en diversos soportes —libros, publicaciones periódicas, documentos, audios— permiten asomarnos al núcleo de la diversidad basal del país. La exposición se propone indagar sobre sus variaciones, sus rastros en la cultura, su sobrevivencia, su patrimonio, así como alertar sobre su desaparición, con el fin de suscitar una reflexión acerca de las múltiples formas de concebir el mundo y de nombrarlo.



Arte y gramática muy copiosa de la lengua aymara, publicado en 1603 por Ludovico Bertonio.

Guillermo David

Itinerarios de una edición malograda

Un libro de destino azaroso y del que solo se conocen dos ejemplares en el país registra la historia política de Córdoba desde su fundación hasta finales del siglo XIX. Uno de ellos se conserva en la Sala del Tesoro de la BN.

Córdoba *Histórica: 1573-1890* fue realizado en 1890 a pedido del gobernador cordobés Marcos Juárez y de su hermano, el presidente Miguel Juárez Celman, con el objeto de acompañar la publicación de los resultados del censo de esa provincia realizado en mayo de ese año. La confección del libro fue encargada al escritor e historiador Mariano Pelliza, quien por entonces ejercía interinamente como subsecretario de Relaciones Exteriores de la Nación. La estructura de la publicación incluye una primera parte, escrita por el propio Pelliza, dedicada a la historia política de la provincia mediterránea desde la fundación de la ciudad de Córdoba hasta finales del siglo XIX. Por otro lado, también incorporó segmentos —encargados a otros estudiosos— abocados a la geografía y el clima regionales, así como otra sección aplicada a la recopilación de publicaciones editadas en la provincia y a la caracterización de las personalidades más destacadas de la historia cordobesa.

El ejemplar presente en la Sala del Tesoro Paul Groussac reviste la singularidad de ser uno de los dos cuya existencia se conoce, pues el resto de la tirada —estimada en unos dos mil ejemplares— desapareció íntegramente. Esta copia llegó a la Biblioteca Nacional en 1904 a tra-

vés de la donación de Gabriel Carrasco, un historiador cordobés que a su vez la había recibido de Felipe Yofre cuando este era ministro del Interior durante la segunda presidencia de Julio Roca. Yofre habría recibido la copia a través de Alberto Martínez, uno de los encargados de la realización del censo junto con Francisco Latzina. Por su parte, Carrasco dejó registro, en notas manuscritas encuadradas junto a la obra, de una explicación tentativa sobre el derrotero del resto de las copias impresas por la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, ex Stiller y Lass. Dice que, “según parece, los directores del censo temieron la impresión desfavorable que causaría la lectura de las biografías de Marcos N. Juárez, gobernador caído; Miguel Juárez Celman, presidente derrocado; y sobre todo la de Ramón Cárcano, candidato oficial a la presidencia de la República [...] escritas con exceso de optimismo”. Es decir, Carrasco sugiere que quienes tuvieron a cargo la confección del censo optaron por no distribuir la obra debido al cambio del clima político, que asimismo habría incidido en su posterior desaparición. Efectivamente, en Buenos Aires se había desarrollado, hacia fines de julio de 1890, un levantamiento cívico-militar conocido como la “Revolución del Parque” que, si bien no logró sus objetivos de hacerse con el poder, tuvo como consecuencia la renuncia del entonces presidente Juárez Celman y, posteriormente, también la de su hermano, gobernador de Córdoba. En ese contexto, cobra sentido la hipótesis de que la desaparición de la casi totalidad de copias de la obra se debiera a la mala impresión que podía llegar a causar su inclusión de biografías muy benévolas, casi apologéticas, de personajes públicos que entonces, en el marco de una crisis económica y luego de su salida de poder, todavía provocaban enorme rechazo entre gran parte de la población. Basta como ejemplo una referencia a cargo de Benigno T. Martínez sobre las supuestas simpatías que despertaba el doctor Juárez Celman: “se las ha granjeado, merced a tres grandes cualidades [...] inteligencia viva y vigorosa, mucha firmeza de carácter y una fuerza de voluntad extraordinaria”. No es de extrañar que, una vez acaecido el levantamiento que tuvo como protagonista a la naciente Unión Cívica de Leandro Alem y la posterior renuncia del presidente de la nación, una publicación de las características señaladas pudiera despertar rechazo público, por lo que las nuevas autoridades nacionales habrían resuelto que no saliese a circulación. No siendo esta la única explicación posible, se desconoce de todos modos cómo se procedió a la destrucción del material impreso. En suma, por causa del destino malogrado de la publicación, su supervivencia a través de la guarda y conservación de un ejemplar en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional resulta un hecho valioso por sí mismo y además porque tal excepcionalidad ofrece testimonio de los avatares de la historia política argentina de fines del siglo XIX. Asimismo, la conservación de la obra permi-



tió preservar contenidos significativos para la reconstrucción de la historia de la provincia de Córdoba. Se trata sin duda de una publicación cuyo valor evidente justifica su resguardo como patrimonio bibliográfico e histórico de la nación.

Erwin Hochbaum



UNA APUESTA A LA FORMACIÓN DE LECTORES Y USUARIOS

El programa Nuevos Investigadores invita a estudiantes de los últimos años de la escuela secundaria a un recorrido anual de seminarios, talleres y asesorías que permite a los jóvenes participar de forma crítica en la sociedad de la información.

Es un lunes de mayo y son las 10:15 de la mañana, 8 grados de sensación térmica. Es la primera vez que vienen a la Biblioteca Nacional, tienen 17 años y a paso ligero suben la rampa de la explanada, no quieren llegar tarde. Olga y Leticia van a investigar el rol de las mujeres en la guerra de Malvinas. Valeria, de Cabina, ya instaló el proyector en la sala de informática mientras que Fabián, de Sistemas, está terminando de habilitar la última máquina necesaria. En planta baja el personal dio ingreso al resto de los estudiantes de distintas escuelas secundarias que se suman junto a Olga y Leticia al primer taller del programa Nuevos Investigadores. Alba, del equipo de catalogación temática de Procesos Técnicos, está chequeando registros similares en la base para darle un tratamiento consistente a lo que tiene en mano. No lo sabe, pero minutos más tarde Olga y Leticia van a acceder a ese mismo registro. Es exactamente lo que las jóvenes investigadoras están buscando, solo que ellas todavía tampoco lo saben.

10:30 de la mañana. Estamos todos. Damos la bienvenida y, sin mucho más, Leandro comienza a explicar qué es el catálogo y qué representa. Silencio. El frío de la mañana queda atrás, entramos en calor. El catálogo es el punto de partida. Lo es todo y no es nada, ya arrancamos...

Nuevos Investigadores es un programa de promoción de fondos y servicios para estudiantes de los últimos años de la escuela secundaria que utiliza el acompañamiento en la investigación en humanidades como estrategia para trabajar la formación de usuarios. A través de un recorrido anual con seminarios, talleres, asesorías y otros encuentros se trabajan las subcompetencias que propone la alfabetización informacional.

En consonancia con otras actividades que organiza la Dirección Nacional de Coordinación Cultural a través de la Dirección de Investigaciones de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Nuevos Investigadores propone un eje temático para ser trabajado por los estudiantes inscriptos. Para el año 2022, por la conmemoración de los cuarenta años de la guerra de Malvinas, se invitó a estudiantes de todo el país a elaborar una investigación utilizando los fondos que la Biblioteca conserva. Las capacitaciones a las que asisten los estudiantes giran en torno al uso del catálogo y sus herramientas de refinamiento y filtrado en las búsquedas, el plagio y la honestidad intelectual reconociendo los méritos intelectuales de otros a través del correcto citado y la problematización en el abordaje temático con una delimitación espacio-temporal. Se realizan recorridos por las distintas salas de acceso al público e investigadores para así reconocer los espacios de consulta y referencia especializada. A cargo de bibliotecarios, archivistas y personal de cada sala, se ofrece la visita con especial énfasis en materiales que puedan servirles para sus investigaciones y se indican cuáles son los correctos cuidados para su manipulación. Se visitan salas de lectura y depósitos, dimensionando así la importante y vasta tarea que lleva adelante la institución. Promediando el ciclo del programa, los estudiantes participantes ya tienen sus preguntas de investigación pulidas y definidas para comenzar con la búsqueda de fuentes. Con un cúmulo de fuentes localizadas, se trabaja en la pertinencia, suficiencia y calidad de la información. En el último taller del año se trabaja sobre la redacción de textos argumentativos como estrategia de comunicación.

Finalmente, los trabajos son entregados a la Biblioteca Nacional, quien selecciona aquellos que se hayan ajustado a las condiciones del programa y reflejen una recopilación y análisis de fuentes que respondan a la problematización planteada. En otras palabras, se trabajan las subcompetencias que propone la alfabetización informacional: la capacidad para saber cuándo y por qué se necesita información, dónde encontrarla, cómo evaluarla, cómo utilizarla y cómo comunicar de manera ética y efectiva. Es de esta forma que la BN colabora en el camino de aprendizaje permanente para la inclusión de jóvenes a participar de forma crítica en la sociedad de la información.

Nuevos Investigadores, adicionalmente, colabora en los esfuerzos que la institución hace en el marco de las intervenciones de las bibliotecas en la Agenda 2030 de la ONU que propone la Federación Internacional de Asociaciones



de Bibliotecarios e Instituciones. En sus diecisiete objetivos para el desarrollo sostenible, la Agenda 2030 de la ONU plantea un plan de acción en favor de las personas, el planeta y la prosperidad. En este sentido, el compromiso de Nuevos Investigadores radica en garantizar el acceso público a la información y colaborar en las habilidades necesarias para comprender y utilizar esa información. Estratégicamente la Biblioteca Nacional Mariano Moreno lleva adelante esta tarea con las escuelas como su principal aliado, en conjunto también con otros centros de información, medios de comunicación, profesionales de la información y educadores al servicio de la comunidad. La Biblioteca Nacional está compuesta por un equipo interdisciplinario de trabajadores donde cada especialista responde a una necesidad puntual. En este sentido, Nuevos Investigadores actúa como catalizador de esfuerzos de todas las áreas internas, exigiéndoles que se pongan al servicio de un programa como vía para que la Biblioteca esté al servicio de sus usuarios y así desplegar toda su potencia como institución, generando un impacto directo sobre su comunidad, movilizándolo y facilitando la actividad intelectual y natural del estudiante vinculando fondos e incorporando las visiones y lecturas de las nuevas generaciones.

Son las 13.30hs. Damos por finalizado el primer taller y es así como Olga y Leticia suman una nueva experiencia que promueve su rol protagónico en su proceso educativo. Trabajan en grupo de forma cooperada, se mueven libremente consultando el fondo documental de la nación y realizan actividades para generar conocimiento y socializarlo. En definitiva, participan en la elaboración del programa educativo según sus intereses.

Gonzalo Gully

Los estudiantes pueden participar en Nuevos Investigadores de forma directa o a través de sus escuelas. Hay modalidades de participación a distancia para aquellos grupos que estén a más de 100 kilómetros de la BNMM.

Para solicitar mayor información pueden escribir a ni@bn.gob.ar, llamar al 4808-6000, interno 1682, o consultar en www.bn.gob.ar/ni

Elige tu propia bacteria

Ediciones Biblioteca Nacional publica *Inverosimilitudes bacteriológicas o Revelaciones microbianas*, de Silverio Domínguez, escritor argentino olvidado que reunió la literatura y el mundo microscópico de las bacterias en una novela donde ellas relatan sus aventuras por pulmones, estornudos o la red de alcantarillas de Buenos Aires.

Las formas en que una tradición literaria se reinventa son variadas y muchas veces insondables. Borges canonizó la idea de que un escritor crea a sus precursores y barrió de un plumazo el sentido común y cronológico de que la literatura es un sistema lineal movido por el tiempo del reloj; por el contrario, permanentemente establece nuevas conexiones, reconexiones y desconexiones como una vasta red de “anacronismos deliberados”. Sin embargo, a Borges le faltó agregar que a veces a esos anacronismos no los ejecutan escritores o lectores, sino fuerzas no humanas, que tuercen como a placas tectónicas los engranajes del tiempo literario, sus modas y corrientes, e introducen temas y temporalidades inesperadas.

Un ejemplo puede ser el cambio climático, que obliga a releer clásicos bajo una óptica planetaria, como *Frankenstein*, de Mary Shelley, cuyo contexto de escritura, pocas veces se recuerda, estuvo marcado por una catastrófica erupción volcánica (del monte Tambora, en 1815) que emitió toneladas de gases que recubrieron al planeta y lo dejaron un año entero sin verano. Estas circunstancias obligaron a Shelley (que se encontraba en los Alpes suizos junto a su esposo Percy, John Polidori y Lord Byron) a recluirse en una escritura influenciada por ese ambiente lúgubre.

En lo que a la pandemia de la Covid-19 concierne, muchos fueron los archivos de crisis sanitarias históricas que, ante el misterio y desconocimiento del nuevo virus, se extirparon del olvido con una urgencia inusitada (la peste negra en Europa, la viruela y el sarampión importados por la conquista en América, la gripe española, el VIH, por mencionar algunas), y que también permitieron revalorizar a escritores absolutamente marginados por la tradición, cuyo tema central era el mundo de los microorganismos que desatan enfermedades.

Ese es el caso de Silverio Domínguez. Médico y bacteriólogo nacido en 1852 en Soto en Cameros, una pequeña localidad al norte de España, pero que en su juventud emigró a la Argentina. Vivió primero en Arrecifes, provincia de Buenos Aires y después en la Capital, donde fue un precursor de la bacteriología, tanto en la teoría y la enseñanza universitaria (en la Universidad de Buenos Aires) como en la práctica médica. Paralelamente a esta actividad pública, se abocó a escribir novelas que hoy en día podríamos llamar de *ciencia ficción bacteriológica*, pero que en su época fueron tan anómalas que el mismo autor las incluía entre sus investigaciones científicas, y que pasaron completamente desapercibidas para el público lector, al punto de que Silverio menciona en el prólogo de una de ellas que “no se ha vendido ni media docena de ejemplares”.

Silverio, que fue médico de pueblo durante ocho años, conocía la reticencia de la gente común por entender la existencia de una (invisible al ojo humano) microfauna bacterial. Y en una época en que la fiebre amarilla, la viruela y la tuberculosis amenazaban seriamente la salud pública con miles de muertes al año, Domínguez entendió que la difusión de prácticas higiénicas y preventivas resultaba una verdadera urgencia política. Por eso, en un tono didáctico y con herramientas de la literatura popular, la ambición de Domínguez era divulgar, a través de la voz de las propias bacterias, cómo estas se reproducían,



contagiaban y transitaban furtivamente a través de cañerías, toses y manos mal lavadas, en un tono que hoy nos resuena tanto a la época marcada por la Covid-19. Y si décadas después las vanguardias europeas formularían la reunión del arte y la vida como la máxima aspiración de la práctica poética, un escritor argentino olvidado hacía años ya lo había intentado al reunir la literatura y el mundo vivo y microscópico de las bacterias.

La trilogía bacteriológica de Silverio Domínguez se compone de *Inverosimilitudes bacteriológicas o Revelaciones microbianas*, de 1894, *La tuberculosis o Confidencias microbianas*, también de 1894, e *Indiscreciones bacteriológicas del doctor Camamington*, de 1900. Tan audaz fue el experimento de este médico (es el primer testimonio en la literatura universal que combina ciencia ficción y bacteriología) que su trilogía pasó sin pena ni gloria en un ambiente literario porteño más interesado por las novedades que se importaban de Europa. Prueba del olvido absoluto en que recayeron estos textos es que nunca se habían reeditado hasta hoy, y de las copias originales solo quedan ejemplares en tres colecciones públicas: de las dos primeras novelas de la serie, únicamente se conservan ejemplares en la Biblioteca Nacional de Maestros y Maestras de Buenos Aires, mientras que de la última el único archivo del planeta que guarda una copia es la Biblioteca Nacional de España.

En 2022, gracias al esfuerzo de la Biblioteca Nacional, logramos reeditar *Inverosimilitudes bacteriológicas*, que acaso sea la más lograda de la serie. Con ilustraciones de Joaquín Vaamonde Cornide, Pablo Manzano Arellano y Manuel Mayol Rubio (este último también dibujante de la revista *Caras y Caretas*), la novela trata acerca de la *excursión* (en el sentido más mansillesco del término) de un científico al mundo de las bacterias, que le relatan sus aventuras tanto por pulmones y estornudos como por el alcantarillado y la red de agua pública de Buenos Aires, en un lenguaje que mezcla tanto humor y delirio como bacteriología y pesquisa criminológica. Quedan invitados lectores y lectoras a redescubrir esta obra maestra de la literatura argentina.

Michel Nieva



ROSTROS DEL CRIMEN

El fotógrafo Alejandro Meter, residente en California, relata en estas líneas el origen del proyecto que con Damián Vives desarrollaron a partir de 2017: una serie fotográfica de autores argentinos de género negro. El resultado se exhibe ahora en una muestra que es también homenaje a la figura de Damián, fallecido este año.

Nos conocimos en mi primera muestra fotográfica en Buenos Aires en 2017. Damián Blas Vives me había invitado a conversar sobre un posible proyecto en la Biblioteca Nacional. Me citó un lunes de enero y, mientras tomábamos un café por avenida Las Heras, me propuso llevar a cabo una serie fotográfica sobre autores argentinos de género negro. Ese mismo día, hicimos un recorrido por la Biblioteca. Revisamos sus interiores y exteriores para pensar en ese espacio tan singular creado por Clorindo Testa. Hablamos acerca del género negro, tanto en la literatura como en el cine, y pensamos cómo representarlo desde lo fotográfico.

Unos días después, Damián invitó a algunos de sus amigos para hacer las primeras fotos. Así llegaron Martín Sancia Kawamichi, Alicia Plante, Tato Tabernise y Raúl Argemí, por mencionar solo algunos. ¡El proyecto ya estaba en marcha! Haría los retratos durante mis viajes a Buenos Aires: siempre en enero y en agosto, siempre con calor o con frío.

Enero me reveló una Biblioteca muy distinta: completamente vacía, con sillas apiladas sobre mesas, salas en estado de reparación o remodelación. Hicimos fotos de día y de noche. Buscamos jugar con los distintos ángulos y

vértices del edificio. Damián logró gestionar el acceso a lugares que, por lo general, no están abiertos al público como los depósitos de libros, la sala de máquinas, y otros recovecos que también brindaron su magia.

El invierno me presentó otras limitaciones; la Biblioteca estaba siempre llena y afuera hacía mucho frío. Para evitar molestias a los lectores, buscamos hacer fotos en los descansos de las escaleras, en el subsuelo, en el Museo del libro y de la lengua e incluso en la zona de “la Isla”, frente a la Biblioteca, con el edificio de fondo.

La idea era darle al llamado “género negro” un sentido amplio, abarcador, inclusivo. Y por eso quisimos que hubiera no solo una pluralidad de voces, sino que además fuera lo más federal posible. Muchos escritores fueron invitados a participar, pero por diversas cuestiones sus retratos no pudieron concretarse. Lo que se muestra da cuenta de lo que está, pero también de lo que falta. Esas ausencias las sentimos hoy, como la ausencia de Damián. Pero son ausencias que marcan una presencia espacial indiscutible.

Este proyecto que nació en 2017, que se hizo a pulmón, trabajando arduamente y con la invaluable ayuda de tanta gente que apostó por él, finalmente se ve hoy concretado gracias a la tenaz gestión de Damián, al apoyo de Guillermo David, director de Coordinación Cultural, a Juan Sasturain, director de la Biblioteca, y, por supuesto, al escritor Nicolás Ferraro, quien supo ocuparse de todos los detalles en esta última etapa.

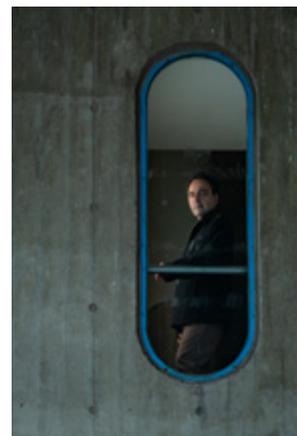
Agradezco a los amigos que me acompañaron incondicionalmente durante todos estos años, me abrieron las puertas de sus casas y me dieron una mano, siempre que pudieron, con cuestiones logísticas, artísticas y fotográficas: Milena Pascual Migale, Ariel Blufstein y Verónica Fucks. He sido muy afortunado en poder contar con el asesoramiento de mi querido profesor y maestro de fotografía, Juan Travnik. Martín Arias, por su parte, nunca se cansó de escuchar mis ideas y responder a mis dudas o consultas. Los fotógrafos Alejandro Gulminelli y Gaby Messina siempre me alentaron desde Buenos Aires, mientras que Andy Cross, Paul Turounet y Farrah Karapetian lo hacían desde San Diego, California.

A lo largo del proyecto conté con asistentes de lujo: Nico Ferraro, Lila Fabro y Wenceslao Prieto Pascual; a ellos, mi mayor agradecimiento. Gracias a Laura Gurovich por acompañarme en este proyecto desde antes de que supiera serlo. Gracias a mi familia: Mora, Dylan y Emma, sin su constante apoyo no lo hubiese logrado.

Y, finalmente, a los escritores y escritoras que vinieron a la Biblioteca, algunos desde muy lejos o bajo condiciones climáticas insostenibles: olas de calor, días de frío, con el tránsito en contra; aquí estuvieron. Gracias por el apoyo y sus muestras de cariño, gracias por sumergirnos en el género negro, gracias por sus libros y gracias por dejarme retratarlos.

Esta muestra está dedicada a la memoria de Damián Blas Vives.

Alejandro Meter



Retratos de Juan Sasturain, Claudia Piñeiro, Marcos Herrera, Fernando Chulak, Gabriela Cabezón Cámara, Ezequiel Dellutri y Pablo De Santis respectivamente.

A circular portrait of a man with dark, wavy hair and a serious expression. He is wearing a dark coat over a white cravat. The portrait is set against a brown, textured background and is framed by a dark blue border. The entire image is set against a teal background with a fine dot pattern.

**INDIOS,
HEREJES Y
FRONTERA**

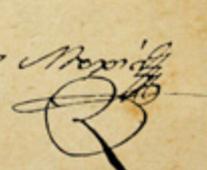
Francisco Hermógenes Ramos Mejía, una figura poco conocida del panteón historiográfico argentino, participó en el tratado de paz entre el gobierno y las tribus indígenas ubicadas al sur de la línea de la frontera. Creó una religión personal, lo que le valió ser considerado como hereje.

Nació en Buenos Aires, por entonces capital del Virreinato del Río de la Plata, en 1773, dentro de una familia ilustre, pero de poca fortuna. En 1797 fue designado juez subdelegado de Hacienda en Tomina, intendencia de La Paz, por el virrey Arredondo. En ese tiempo se casó con María Antonia Úrsula de Segurola y Rojas, hija del entonces gobernador de la provincia, Sebastián de Segurola y Oliden, que había tenido una importante participación en la represión al levantamiento de Túpac Amaru. En 1808, después de la muerte de su padre y ya convertido en un próspero hacendado, Ramos Mejía regresó a Buenos Aires, en cuyas inmediaciones compró cerca de siete mil hectáreas y erigió una finca que llamó Los Tapiales; el casco del establecimiento se ubicó en el predio que hoy ocupa el Mercado Central. Su paso por la política porteña fue breve, pero no por ello sin importancia. Pocos meses después de ocurrida la Revolución de Mayo de 1810, fue designado miembro del Cabildo: primero, en calidad de defensor de Menores; poco más tarde desempeñaría también el cargo de alférez real y, desde mediados de 1815, el de alcalde provincial. Además, contribuyó con recursos para equipar y financiar a las tropas de uno de los ejércitos independentistas. Sin embargo, en 1816, dejó su cargo y sus títulos y se internó, llevando a su familia, en territorio indio, más allá de la frontera que constituía el río Salado, donde fundó la estancia Miraflores, a orillas de la laguna Kakel Huincul (cerca de la actual ciudad de Maipú). Unos años

antes, en un acto inusual para un hacendado de la época, se había reunido con un grupo de caciques de la zona y les propuso pagarles por sus tierras, respetando su derecho de propiedad. Ramos Mejía fomentó la permanencia voluntaria de las poblaciones indígenas y así muchos establecieron sus tolderías y se quedaron trabajando en la estancia, sin sujeción a ningún tipo de servidumbre; por su parte, quienes preferían no quedarse en ella, tenían garantizado el libre y pacífico tránsito por sus territorios. Entre las cosas que Ramos Mejía llevó consigo en su viaje a Miraflores, se encontraban una vieja Biblia y un ejemplar de *La venida del Mesías en gloria y majestad*. Este texto, firmado bajo el nombre de Juan Josaphat Ben-Ezra, pertenecía en realidad al jesuita chileno Manuel de Lacunza (1731-1831), y su objetivo principal era anunciar la segunda resurrección de Cristo, la cual no sucedería con el Apocalipsis y el último día del mundo, sino mucho antes, estableciendo un reinado de mil años desde una Nueva Jerusalén, al término del cual llegaría el Juicio Final. La doctrina milenarista de Lacunza circuló desde fines del siglo XVIII por toda América en folletos clandestinos. No obstante la condena de la Inquisición colonial que la colocó en el *Índice de libros prohibidos*, tuvo gran impacto sobre distintas personalidades de Buenos Aires; en especial, sobre la generación revolucionaria (quizá porque en el discurso milenarista estaba presente en fermento la idea de una Tierra Nueva en la que no hubiera injusticia ni opresión). Una de esas personalidades fue Manuel

desrechamente a U.E. que es a quien corresponde la determinacion de mi artículo, para que teniendo presente los motivos legales que lo hacen irrevocable y legitimo, se sirva librar la declaratoria que solicito en el adjunto escrito, cuyo contenido reproduzco entoda su parte p.^a los fines y objetos que a mi dño. Conviengan. Por tanto, y haciendo el mas reverente pedimento.

A V. Ex.^a Suplico que habiendome por presentado el Escrito y Decretos en que se me manda Ocurra a donde Corresponda, se digna tomar la determinacion que en el he pretendido, por ser dar de Justicia que pido, bajo las protestas de nulidad e indefension que alli hago y aqui doy p.^a inventar, jurando no proceder de malicia. &c.

Don Francisco Mexia


y Sierras del Tandil, representados por el estanciero. Dicho tratado establecía en su artículo tercero que “la paz y buena armonía que de tiempo inmemorial ha reinado entre ambos territorios queda confirmada y ratificada solemnemente sin que los motivos que impulsan esta manifestación puedan perturbarla en lo sucesivo”.

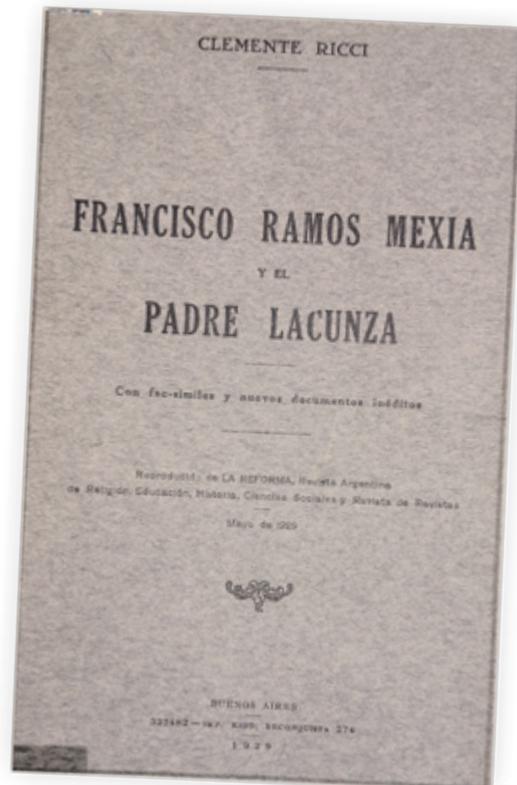
Pero el acuerdo de paz duró solo unos meses. En diciembre de ese mismo año, Martín Rodríguez llevó a cabo acciones ofensivas contra las poblaciones indígenas del sur. En el fuerte de Kaquel Huincul, Rodríguez ordenó la detención de los indios que trabajaban en la estancia de Miraflores, acusándolos de participar directa o indirectamente en una serie de malones que, en realidad, habían estado acaudillados por el rebelde chileno José Miguel Carrera. Ramos Mejía intentó mediar por la libertad de los capturados, pero en el camino se encontró los cadáveres de más de ochenta de ellos. Cuando llegó al campamento se le dijo que fueron fusilados por resistirse a la autoridad.

Las sospechas de connivencia con los indios generaron suspicacias sobre su persona. En una carta de 1821 al gobernador interino Marcos Balcarce, Martín Rodríguez le decía: “[Ramos Mejía] ha dado prueba de una amistad tan estrecha con los salvajes que la prefiere a la de sus propios conciudadanos contra quienes esta vez ha procedido escandalosamente”. Esto, sumado a las acusaciones de herejía, desembocaron en el destierro del estanciero, que debió retornar, acompañado por su familia y por un grupo de indios fieles, a su finca en Los Tapiales.

Fue ahí en Los Tapiales donde Ramos Mejía falleció en 1828. Acusado de herejía, su cuerpo no podía ser enterrado en el cementerio, lo que demoró los trámites para la inhumación de sus restos. Una versión cuenta que,

luego de tres días de infructuosa espera, ocho indios pampa que lo acompañaron desde Miraflores ingresaron a la habitación donde se encontraba el cajón, lo cargaron en un carro y emprendieron viaje hasta perderse en el horizonte.

Diego Antico





**PENUMBRAS
DE LA SED**

Un repaso por las ediciones argentinas de *Drácula* y sus cultores criollos a doscientos años de la primera edición en español de la obra de Bram Stoker, publicada en forma de folletín en el diario *La Prensa* de Buenos Aires.

El libro *Vampiros y vampirismo* (1928) del padre Montague Summers recuerda que el día más apropiado para vencer a un hijo de la noche es un sábado, porque “el espíritu descansa en la tumba”. Muy acertado fue, entonces, que la primera traducción al castellano de la novela de Bram Stoker se imprimiera ese día de la semana. *Drácula* se editó como folletín en el diario *La Prensa* el 22 de abril de 1922. Este año se cumplió un siglo de ese hito que ha sido ignorado hasta hoy por los cazadores de efemérides. Recordemos que todos considerábamos la edición de Hymza —publicada en España en la colección *La Novela de Aventura* en agosto de 1935— como la primera traducción al castellano de *Drácula*. Por lo que debemos ajustar los relojes y retroceder trece años desde ese suceso y colocar la marca en la otra orilla del Atlántico.

Antes de continuar, sumemos una última curiosidad a la lista de efemérides: también se cumplen 125 años de la primera edición de *Drácula*, publicada en Londres el 26 de mayo de 1897.

Repasemos: *La Prensa* —fundada en 1869 por José C. Paz— era un diario opositor, cuyo fuerte era la publicación de avisos clasificados que ocupaban las primeras páginas del periódico. Rara vez ilustraba sus notas y dedicaba poco espacio a las noticias culturales o de entretenimiento. Sin embargo, reservaba un pequeño rincón a la edición por entregas de novelas o cuentos. Por lo general, sus selecciones estaban dirigidas a un lector medio, por lo que abundaban las novelas rosas de autores como Delly, folletines

lacrimógenos o historias fantásticas. Así que la elección del libro de Bram Stoker no desentonaba demasiado con la dinámica de autores que se publicaban en ese rincón. Naturalmente, se trató de una versión expurgada y resumida. Y lo primero que el lector advierte al abrir el diario es la burda errata del apellido: “Brahm Stoker” (en vez del diminutivo “Bram” por Abraham). Esta pista nos dirige a la fuente original a la que recurrió el diario para su traducción.

Como era habitual en esos días, gran parte de las adaptaciones literarias se hacían a partir de textos franceses. Por lo que el texto de la novela de Stoker no se tomó de la fuente original (la novela de 1897 o sus inmediatas reediciones), sino de la primera edición francesa.

Drácula se publicó en Francia en 1919 con el sello de L’Edition Française illustrée (colección *Romans Étrangers*, nro. 1), con traducción de las hermanas Ève Paul-Margueritte y Lucie Paul-Margueritte. Esta primera edición posee dos coincidencias con la impresión del diario: por un lado, la errata en el diminutivo del nombre del autor y, por otro, el subtítulo (*L’homme de la nuit*), que fue adoptado por los editores del periódico, eliminando, tal vez por exótico, el tan reconocido nombre del vampiro. Aclaremos, además, que *El hombre de la noche* era también una reconocida novela de Gastón Leroux, por lo que no es improbable que los editores del diario hayan querido explotar a su favor la confusión que pudiese generar esta elección. Rememoremos que, casi diez años antes, había

circulado en nuestro país una edición de la novela de Leroux en la edición de Ch. Bouret.

Sabemos que el siguiente *Drácula* argentino fue una edición de 1944, también expurgada y resumida, de la editorial Molino (colección Narraciones Terroríficas, nro. 41), donde el texto de Stoker compartía cartel con discípulos de H. P. Lovecraft como Frank Belknap Long, Clark Ashton Smith, Frank Gruber o Henry Kuttner. *Narraciones Terroríficas* era una revista que se armaba en España pero que se distribuía en la Argentina, país en el que el editor se había exiliado tras el inicio de la Guerra Civil.

Dos años después, la editorial Octrosa publicó la novela con una asombrosa sobrecubierta a todo color y traducción de Ángel Solari. Si bien no se trató de la versión completa era, al menos, más cercana a la edición original.

Probablemente, la renovación cinematográfica del género de horror en manos de la productora británica Hammer, con protagonistas de Christopher Lee y Peter Cushing, alentó a la editorial Malinca a reeditar este material que estaba ausente de nuestras librerías desde hacía diecisiete años. En noviembre de 1963, con traducción J. A. Iglesias De Barrajón, se publicó la novela en la colección Malinca Pocket. En la contraportada, los editores asumían que esa edición era la primera en lengua castellana: “Creemos [...] que ha llegado el momento de llenar un inexplicable vacío, publicando en nuestra lengua este libro”.

Cabe aclarar que tanto la edición de Octrosa como la de Malinca comparten una sospechosa coincidencia: ambas se imprimieron poco tiempo después de que en Francia se reeditaran las versiones francesas.

No fue hasta 1971 que se conoció una versión completa —y seguramente la primera traducción de su idioma original— de la novela de *Drácula*, publicada por Rodolfo Alonso Editor, con traducción de Marcelo Pérez Rivas. Esta impresión contenía 567 páginas de letra menuda, o sea, duplicaba en más de 200 páginas todas las versiones anteriores. Alonso se encargó de colocar llamados en la tapa y contratapa que anunciaban “Primera versión

completa” o “Texto íntegro” y formó parte de la colección Aventura (título que, evidentemente, fue consecuencia de un plan editorial que cambió sobre la marcha, ya que la única aventura de ese género fue la primera: *Los quinientos millones de la begüm*, de Jules Verne, 1969).

El éxito de esta edición, que contó con numerosas reimpressiones, se había iniciado en 1969 con la publicación de los antecesores de *Drácula*: el volumen *Vampiros y otros monstruos*, que contenía los cuentos y novelas cortas de Polidori, Byron, Veckford, o la novela *Frankenstein*

de Mary Shelley. Tras la buena recepción de *Drácula*, continuó con las compilaciones de *Antes y después de Drácula* (1972), *La ciudad vampiro* de Paul Féval (1972), *La familia vampiro* (1972) de Alekséi K. Tolstói o la última y exótica novela de Stoker: *La guarida del gusano blanco* (1973).

Poco después, comenzaron a sucederse ediciones españolas —entre las cuales podemos destacar la traducción de Francisco Torres de Oliver para Bruguera— y solo volvió a imprimirse en Argentina en 2010, a través de Gárgola Ediciones, con traducción de Silvia Lereendgui y un inolvidable prólogo de Alberto Laiseca.

Recordemos, ahora, a nuestros creadores. Más allá de ejemplos célebres como Horacio Quiroga

(“El vampiro” o su inolvidable “El almohadón de plumas”) o la aproximación obsesiva de Alejandra Pizarnik a la condesa sangrienta, ya encontramos, a mediados del siglo XIX, atmósferas innegablemente vampíricas en la literatura antirrosista, sobre todo en las siempre exageradas, sangrientas y morbosas descripciones de José Mármol y Eduardo Gutiérrez.

No obstante, los primeros relatos con entidades vampíricas se debieron a extranjeros —enamorado de Buenos Aires— que se encargaron de allanar el camino del colmillo a nuestros literatos. En 1893, Rubén Darío escribió el cuento “Thanatopía”, en el que entremezcló tropos que comenzaban a ocupar el género de horror como la ciencia loca, el muerto vivo y una trama que coqueteaba con el incesto. En 1905, Eugenio Troisi, un inmigrante italiano que desarrolló un ecléctica y profusa obra literaria, pu-



blicó un libro, hoy inhallable, titulado *Cuentos fantásticos*; allí, entre los relatos de ambientación folklórico-europea, se encuentra *La araña del diablo*, un cuento con reminiscencias de Hanns Heinz Ewers que preanuncia el horror misionero de Quiroga.

Abramos un paréntesis para nombrar a otro autor foráneo de mediados del siglo XX, el chileno Rafael Maluenda. Este periodista devenido en autor, que residió varios años en Argentina, escribió *Vampiro de trapo* (1958), una extraordinaria novela de terror puro. Con una sutileza difícil de emular, Maluenda describió la influencia vampírica de un muñeco ventrílocuo que asecha en las noches de las *boîtes* y café concerts porteños.

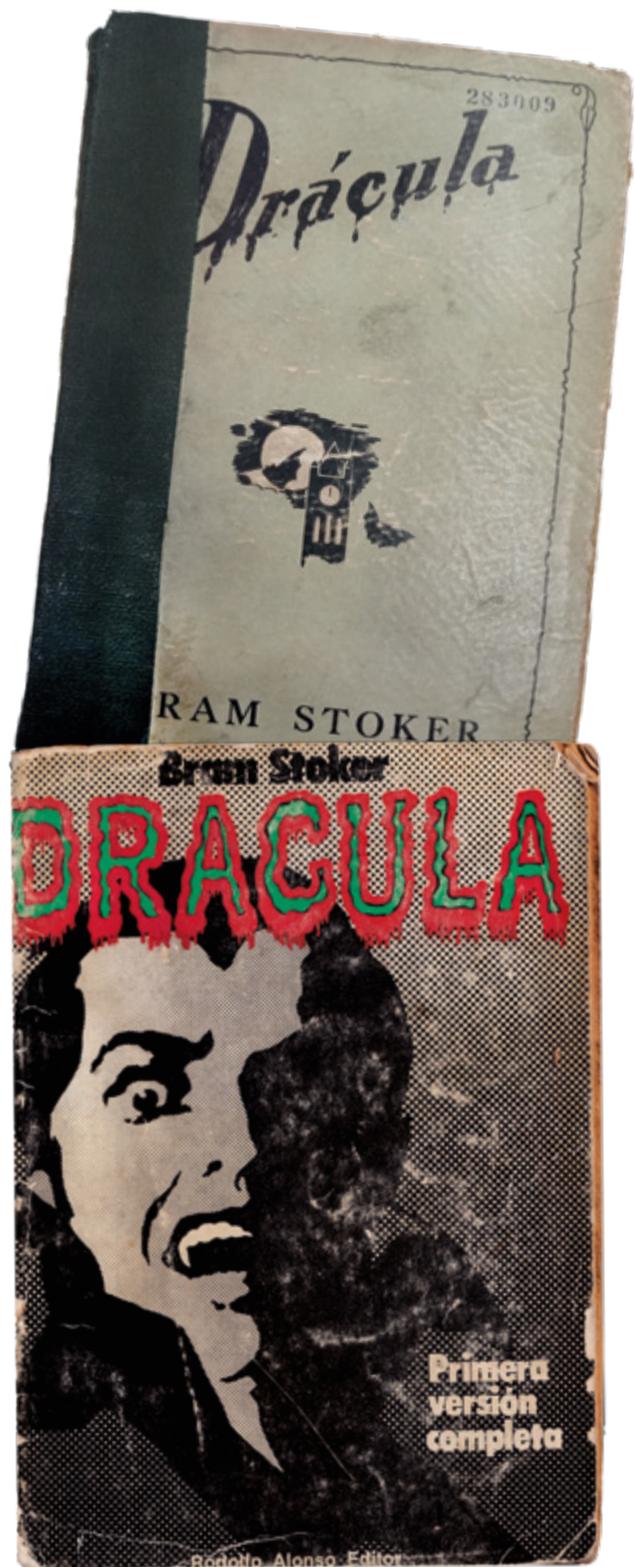
A fines del siglo XIX, Leopoldo Lugones, seguramente inspirado en la novela corta *El parásito* de sir Arthur Conan Doyle, publicó en el diario *La Tribuna* el cuento “La vampira”, en el que sostenía que es la energía astral y no la sangre la verdadera sal de la vida. Varias décadas después, otro inglés, Collin Wilson, escribió una extraña novela titulada *Vampiros del espacio*, en la que desarrollaba hasta sus últimas consecuencias esta misma hipótesis.

A Lugones le siguieron, en la década del veinte, Horacio Quiroga y Víctor Juan Guillot, célebres por ser cultores del relato crudo, por abundar en paisajes rurales y en personajes londonianos. En sus abordajes cuentísticos a esta temática, ambos coincidieron en la elección de un título demasiado revelador: “El vampiro”. Con todo, sus aproximaciones toman distancia del cliché literario y describen unos demonios sofisticados, elusivos y hambrientos.

En 1953, Luis María Albamonte —famoso por su apoyo incondicional al peronismo y por sus crónicas de platos voladores— escribió un volumen de cuentos editado por Peuser titulado *El viajero hechizado*. En ese libro, bellamente ilustrado por Lisa, se imprimió el relato “El satánico vaivén de las noches”, siniestro por la otredad de su ambientación y la sencillez de sus hallazgos.

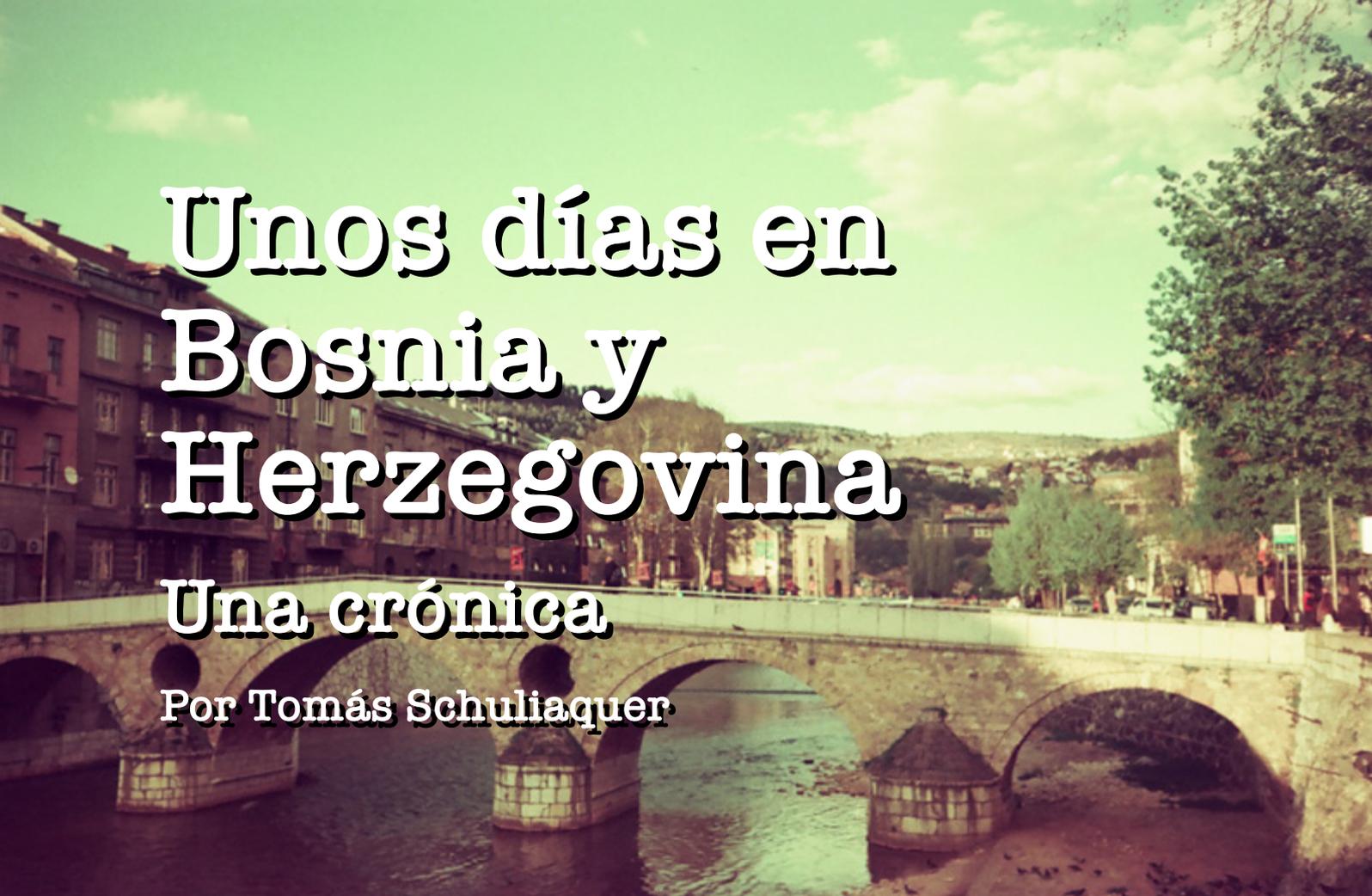
Una *rara avis* —por no decir rarísima— fue la antología *Pesadillas* de Eduardo Goligorsky, publicada en 1962, dentro de una de las tantas colecciones policiales de la editorial Malinca. El libro pasó sin pena ni gloria y aún hoy día es uno de nuestros grandes desconocidos. En ese volumen, Goligorsky recurrió al vampirismo en el cuento “Mi visita a Doomborough”, donde desarrolló las excursiones ciudadanas de un personaje ordinario, gris, una especie de viajante de comercio que ocultaba bajo ese disfraz anónimo su talento mortal de cazador nocturno.

A fines del siglo XX y comienzos del XXI se sucedieron varias renovaciones. Por una parte, los acercamientos del especialista Juan-Jacobo Bajarlía y la literatura de Alberto Laiseca y su ensayo-novela *Beber en rojo* (2001). Por otra, dos pequeñas obras maestras: *Los anticuarios* (2010) de Pablo De Santis y *El libro de la tribu* (2001) de Carlos Gardini. Ambas novelas respetan la tradición literaria en la que se inspiran y también son lo suficientemente originales como para renovarla.



Entre los últimos aportes podemos nombrar a Juan Terranova, Marina Yuszczuk, José María Marcos o María Teresa Andruetto. Todos ellos nos revelan que desde que el rosismo tiñó de punzó los símbolos patrios, la sed por esta clase de literatura nunca dejó de aumentar.

Mariano Buscaglia



Unos días en Bosnia y Herzegovina

Una crónica

Por Tomás Schuliaquer

Para viajar a la ex Yugoslavia investigué un poco: vi películas, leí libros, escuché podcasts de viajeros. En ese proceso me obsesioné con visitar un pueblo que nunca antes había escuchado nombrar: Višegrad. Decidí que iba a tomar los micros necesarios para llegar y ser quizás el primer turista argentino en visitarlo y, claro, escribir una crónica autocomplaciente sobre eso. Višegrad es un pueblo de la frontera actual entre Bosnia y Herzegovina y Serbia, y condensa muchas de las cosas que motivan mi viaje. La novela *Un puente sobre el Drina* de Ivo Andrić, la construcción y la polémica en torno a Andrićgrad, el negacionismo y el campo de concentración —hoy Hotel Spa— Vilina Vlas, el conflicto entre la República Srpska y la Federación de Bosnia y Herzegovina, el etnocidio que sufrieron los pueblos de Bosnia oriental, la película *For Those Who Can Tell No Tales*, el silencio cómplice de Europa occidental, el cine como arena evidente de batalla entre Kusturica y Žbanić, es decir, entre dos naciones, cada una con su relato de la historia.

Pasó el tiempo: fui a Višegrad, me autoproclamé el primer argentino en estar ahí, conocí un ruso letón y hablamos, en inglés, de las guerras bosnias, de la guerra en Ucrania, de Putin, de la cantidad de rusos que viven en Letonia, y me contó que sus padres escuchaban a Manu Chao, Víctor Jara y Mercedes Sosa. También hablamos de la vida comunal del campesinado ruso, de nuestras

familias, me ayudó a encontrar el origen de mi apellido en un pueblo —Shulyaky— cerca de Kiev. Valió la pena Višegrad, pero no escribí —no quise escribir— nada.

De vuelta en la ciudad de Buenos Aires, me siento frente a la computadora y me amago con la idea de que el texto que había pensado escribir no existe. Miro desde mi monoambiente el monumento al Cid Campeador, para mí una localización geográfica antes que un líder militar, y me propongo compartir algunas cosas, experiencias y emociones de un país que me generó una sensación que nunca antes había sentido: la de ser parte de un museo vivo, una suerte de inmersión en una experiencia cultural, histórica, social y de guerra. Las películas y los libros que había leído y mirado estaban en los edificios, en las esquinas, en los cementerios, en los museos, en la calle, en los puentes, en el río, en las colinas, en el cielo. Abandono la idea de relatar la hazaña de ser el primer turista argentino en Višegrad, y me propongo el desafío irresponsable de, en un par de páginas, escribir sobre el país más atrapante que alguna vez conocí.

Me acuerdo de que llegué a Sarajevo un domingo al mediodía desde Višegrad: el viaje duraba tres horas y media en un micro de una empresa serbobosnia. Es importante aclarar de dónde es la empresa porque allá todo está atravesado por las nacionalidades. Es el prisma con el que se miran y analizan las cosas, las personas y los procesos. En general, se supone, las guerras terminan cuando un

bando vence al otro, uno se rinde, entrega parte de su territorio, su riqueza, y así. En Bosnia no sucedió de esta forma, porque la guerra fue frenada por la intervención extranjera antes de que un bando resultara vencedor: la firma de los Acuerdos de Dayton en 1995 congeló la guerra antes de que terminara. Ya no hay muertos diarios, no hay violaciones, tortura y asesinatos, no hay campos clandestinos, pero sigue, latente, el conflicto étnico y la batalla de las nacionalidades por el territorio. El sentido y la interpretación de la guerra están en disputa: las fronteras se dividieron entre los presidentes con intervención extranjera, y quienes se torturaron, violaron y mataron entre sí, todavía habitan los mismos pueblos, barrios y ciudades. No así los comandantes y principales líderes políticos de la República de Srpska: muchos de ellos fueron condenados por crímenes de lesa humanidad en la Corte Internacional de Justicia, por el pionero Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia.

Soy un turista muy lejano, en el mejor de los casos un viajero, y creo saber desde dónde escribo; con poco —pero algo— de conocimiento histórico, con cierta pasión obsesiva por el proceso de desintegración de Yugoslavia, y con bastante distancia, es decir, no se me juega ahí la vida y eso es, a la vez que una posibilidad, un riesgo: el de banalizar, simplificar y subestimar sentidos en los que a varios pueblos y millones de personas se les va la vida. Por eso es difícil escribir para mí, pero también por eso no puedo evitar intentarlo.

Decía: la empresa de micros que me llevaba de Višegrad —República de Srpska dentro de Bosnia y Herzegovina— a Sarajevo era serbobosnia. Y decía que era importante en la materialidad de la historia y el relato porque el micro me dejó en una estación lejos del centro, llamada East Sarajevo. La estación estaba vacía y el mapa de mi aplicación de celular me indicaba caminar una cuadra para tomar un bus que me llevara al centro. East Sarajevo está en el límite entre la República Srpska y la Federación de Bosnia y Herzegovina. No es sencillo de entender, pero tanto la República como la Federación están dentro del país Bosnia y Herzegovina. La primera es de gran mayoría serbobosnia y la segunda, de bosníacos. Cada una tiene sus empresas de micros y sus estaciones, y esas fronteras invisibles, que se encuentran incluso dentro de las propias ciudades, son trascendentales en Bosnia. Así, por ejemplo, en Višegrad la moneda usual es el dinar serbio antes que el marco bosnio, y la bandera que flamea no es la de Bosnia y Herzegovina, sino la de Serbia o de la República Srpska.

Cruzar una calle entre la Sarajevo serbobosnia y la Sarajevo bosniaca, es decir, la Sarajevo que el ejército serbobosnio y yugoslavo nunca pudo ocupar porque el ejército civil internacional bosnio resistió durante más de tres años, cruzar una calle, decía, es cambiar de mundo: cambia el alfabeto, los nombres de las cuerdas. Es una frontera invisible pero evidente, silenciosa, y un viajero

como yo tiene la sensación de que en las casas vecinas, detrás de las persianas habitualmente bajas, hay personas que, expectantes, miran torcido. Del lado serbobosnio, una de las primeras cosas que se pueden ver es un grafiti rojo, grande, de Ratko Mladić, comandante del ejército serbobosnio, líder militar hoy preso por crímenes de lesa humanidad, por genocida, que dice “héroes de nuestra patria”. Del otro lado de la calle viven las víctimas del ejército de Mladić: mutilados, torturados, familiares y amigos de asesinados. Hay algo común a una gran parte de los edificios de Sarajevo: las fachadas y los balcones tienen marcas de la guerra. Esquirlas de morteros que destrozaron los edificios, balas de combates cuerpo a cuerpo, ataques de francotiradores. Pienso y escribo todo esto desde mi monoambiente frente al Cid, un líder militar que me resulta vacío, y salgo al balcón para obligarme a mirar las paredes, sucias, despintadas, pero enteras, sanas. También veo el edificio en construcción del otro lado de la avenida, las vallas sobre Honorio Pueyrredón, la promesa de un parque lineal. ¿Qué pensaría un turista si estuviera en esta esquina? ¿Qué pensaría un viajero bosniaco que visita la ciudad de Buenos Aires y quiere, de pronto, cruzar una avenida que tiene doce esquinas y una pila de vallas amarillas que parecieran prometer el futuro de una construcción que, por ahora, no sucede? Estas preguntas no tienen sentido: me animo a decir que nunca, en los meses que llevan colocadas las vallas, un bosniaco pasó por el Cid Campeador. Y si me equivoco, ojalá este texto sirva para enterarme, para que me escriba algún lector con un amigo bosniaco que pasó por el Cid Campeador en este tiempo: tal vez nació en Višegrad, tiene mi edad y vivió la guerra; tal vez este texto, como una botella al mar, sirva para que nos tomemos una cerveza frente a un monumento que no nos dice nada.

Sarajevo indaga sobre la memoria: tiene cuatro museos fundamentales sobre el etnocidio, la resistencia bosniaca, las infancias de la guerra y los crímenes de lesa humanidad. La ciudad sufrió el sitio más largo de la historia moderna: mil cuatrocientos veinticinco días, es decir, casi cuatro años. Durante ese tiempo, el ejército serbobosnio y yugoslavo atacaba a diario desde las colinas que la rodean. Desde ahí disparó Eduard Limónov, invitado por el autoproclamado presidente de la República Srpska, Karadžić. Y existe registro fílmico de estos hechos, realizado por el director de cine polaco Paweł Pawlikowski. La película, *Serbian Epics*, se puede ver fácilmente en YouTube: la situación para los militares es muy divertida; cuesta imaginar, abajo, la ciudad asediada en medio de una guerra civil. Difícil saber si Limónov hirió o no a alguien, a nadie pareciera importarle.

El asedio fue tan intenso que la calle principal de la ciudad hoy es conocida como The Sniper Alley, la avenida de los francotiradores. Esa avenida, durante la guerra, se transformó casi en una pista de automovilismo: por allí pasaban autos y motos a máxima velocidad, algunas

bicicletas y personas que corrían y que, cada pocos pasos, debían encontrar un refugio de la mira de los francotiradores. Esos videos también están en YouTube: la sensación de verlos es desesperante. Hoy, transitar esa avenida es algo así como recorrer la historia porque uno la camina con gente de más de treinta años, personas que vivieron la guerra y que todavía, al pasar por el centro, van apurados como en toda capital contemporánea, pero uno, turista, viajero, no puede dejar de pensar que hay algo de la experiencia de la guerra que también determina el apuro. Quizá sea una sobre interpretación mía: como cuando me crucé con lisiados, rengos, mutilados — muchos más que en otras ciudades del mundo— y asumí que eran heridos de guerra. Pero tal vez un accidente de auto, una malformación congénita, una lesión reciente. Un dato innegable: todas las personas que viven en Sarajevo tienen un amigo o un familiar muerto o herido durante la guerra, así que es difícil no pensar que las heridas del pueblo están, de una forma u otra, atravesadas por la guerra.

Sarajevo es un museo abierto, un sitio de memoria en sí mismo. Y eso, desde afuera, es interesante, triste, intenso y, sobre todo, una experiencia única. Vivirla, habitarla, debe ser una cosa muy distinta. Conocí a Adil, un guía turístico de mi edad, nacido y criado en Sarajevo, que pasó cuatro años de su infancia encerrado en un departamento sin electricidad. Su papá combatió en el ejército bosnio y su tía perdió la casa y se fue a vivir con ellos. Adil me hizo un tour —*La caída de Yugoslavia*— y es, así lo llaman ellos, un tour por la guerra. Él, que vive de esos tours, me dijo: yo ya no quiero hablar de la guerra, nuestra generación, y sobre todo la que nos sigue, ya no quiere saber más de la guerra, queremos vivir bien, en paz, queremos tener un trabajo, estabilidad, irnos de vacaciones. Adil me dijo: mi papá luchó en la guerra, yo no pretendo que él deje de pensar en la guerra, pero nosotros tenemos que poder pensar en otras cosas, necesitamos armar otro mundo, tenemos la obligación de hacerlo porque podemos.

Después me explicó, y yo no entendí, el sistema político de Bosnia y Herzegovina, el más complejo del mundo y, según él, uno de los más corruptos. Excede a este texto explicarlo, pero podemos decir que hay tres presidentes: uno croata católico, otro serbio cristiano ortodoxo, otro bosniaco musulmán. Entre sí tienen vínculos tensos: no hay un discurso común sobre lo que pasó en los noventa y el nacionalismo es transversal a toda discusión política, económica, social, educativa o cultural. Los mandatos son de cuatro años pero el cargo es rotativo: es decir, en las elecciones ganan tres presidentes y cada uno tiene ocho meses consecutivos que después alternan. Así, preside el bosniaco, por ejemplo, después el croata, el serbio, y la rueda gira una vez más. Si en Argentina, con mandatos de cuatro años, nos parece imposible pensar y hacer políticas públicas duraderas, allá es todavía peor. Este

sistema, me contó Adil, fue establecido por los Acuerdos de Dayton de manera provisoria para sostener la paz y hacer una transición consensuada hacia un sistema político similar al de otros Estados nación. Hasta hoy el sistema político de transición se mantiene.

Adil, muy correcto y cuidadoso, dijo que a Tito lo respetaban y querían. Dijo que en Bosnia tenían un dicho popular: “Tito fue el dictador más bueno del mundo, pero dictador al fin”. Rescató que había luchado y hecho muchas cosas por la igualdad: tenían casa, trabajo y acceso a educación y salud. Adil destacó, con mucho énfasis, una cosa: cuando murió, Tito no tenía nada. A la esposa, que vivió treinta años más que él, no le dejó ninguna herencia: todo pertenecía al Estado. La esposa de Tito murió en la pobreza porque Tito no era corrupto. Eso, para Adil, es muy importante.

En Sarajevo y Mostar, dos ciudades que estuvieron sitiadas, los cementerios se construyeron en los lugares posibles, a salvo de la mira de los francotiradores: parques de juegos y canchas de fútbol. Las tumbas tienen fechas entre 1992 y 1995 y hay una particularidad: son cementerios internacionales y multirreligiosos. Musulmanes enterrados al lado de católicos, cristianos y ateos. Según Sasha, un ex combatiente de Mostar, los cementerios son la prueba más evidente de que el ejército civil bosnio en realidad no era bosnio: era un ejército de la gente que vivía en la ciudad. No fueron bosnios contra serbios, porque muchos serbios combatieron del lado bosnio e incluso los grandes comandantes de la resistencia bosnia fueron serbios desertores del ejército yugoslavo que decidieron defender sus ciudades de los crímenes del ejército federal.

En Višegrad, los cementerios son de militares serbobosnios y rusos que fueron a pelear por Yugoslavia y la Gran Serbia. Hay también un cementerio musulmán sobre una colina, pero la gran mayoría de los cuerpos que fueron encontrados aparecieron en fosas comunes: todavía hay miles de desaparecidos. Durante los noventa muchos cuerpos fueron encontrados en costas lejanas del Río Drina. Allá también tiraban los cuerpos al río. Desde puentes los tiraban.

Quiero contar un poco lo que me acuerdo de Sasha. Nacido y criado en Mostar, tenía 18 años cuando comenzó la guerra y combatió en el ejército civil de la ciudad. Hoy tiene 47, y hace cuatro se dedica a dar free tours en Mostar. Ojos claros, de piel marrón clara, como bronceado, barba cana y tupida que le llega hasta el pecho. Sasha es un personaje famoso en la parte bosnia de Mostar, caminar con él por el centro histórico implica frenar a saludar porque todos los que pasan —los que no son turistas— le dicen algo. Él se presenta a sí mismo como socialista comunista, ateo de tradición musulmana. En el free tour caminamos por el cementerio que está en pleno centro, al lado de una *pekara* —panadería—, y nos muestra las tumbas: un serbio cristiano al lado de un

ateo, entre un musulmán y un croata católico. Un cementerio con cincuenta tumbas precarias, todas del 93, en una zona céntrica y de mucho tránsito, y después nos dice: esos dos de allá eran mis mejores amigos. El tour recién empieza y quizá sea la primera vez que me olvide que es un free tour porque Sasha consigue, y quizá mi propio interés tiene mucho que ver en eso, que uno se sienta parte de la historia. Vamos por el viejo puente, el más famoso de Bosnia, que fue destruido por el ejército croata: el día más triste en la historia de la ciudad. Algo similar pasó en Sarajevo: el día más triste de su historia, dijo Adil, fue el del bombardeo a la Biblioteca Nacional, perdieron dos millones de documentos, más de quinientos años de historia. Con la destrucción del puente los quisieron desconectar, romper las comunicaciones, los vínculos entre musulmanes, católicos, cristianos y ateos. Con el bombardeo de la Biblioteca quisieron borrar la historia y la cultura de un pueblo. El puente y la biblioteca: símbolos de la resistencia y de la reconstrucción de una cultura diversa, presente, viva.

Sasha nos da una clase de veinte minutos sobre la caída de Yugoslavia en una escalera frente al río Neretva —los ríos de Bosnia tienen un color cristalino turquesa parecido al de nuestros lagos de la Patagonia—, y nos cuenta sobre la paz, el trabajo, la salud y la educación en la época de Tito, las seis repúblicas yugoslavas, la independencia eslovena, la croata, la alianza entre el ejército bosnio y el croata para pelear contra los serbios y yugoslavos, la traición croata, el reparto del territorio de Bosnia que los presidentes de Croacia y Serbia, Tudjman y Milosevic, hicieron, borrachos, en la servilleta de un bar. Después nos dice que hablemos con cualquier persona y nadie, ni una sola, va a poder decir, va a decir, que vive mejor ahora que en la época de Tito. Ya saben, remata, soy socialista comunista, pero no soy fanático, tengo mis motivos. En el free tour había franceses, suizos, portugueses, alemanes, belgas. El alemán y el belga se definían de izquierda, y estaban convencidos de que Stalin había sido el mayor asesino de la historia de la humanidad junto a Hitler: nazis y comunistas, decían, son más o menos lo mismo. También les solían decir a los bosnios que conocimos: ustedes tienen mucho potencial, ustedes merecen estar en la Unión Europea, y se llenaban de orgullo al decirlo, como si hablaran con un perro, un bebé o un enfermo terminal. Por eso me atrae que Sasha, frente a un auditorio europeo común, diga: soy socialista comunista. Yo había pensado que como los kosovares, que tienen un monumento a Hillary Clinton, los bosnios querrían a los yanquis por haber intervenido para terminar el etnocidio. Pero no: en general son antiimperialistas porque los yanquis y los europeos, hasta el Genocidio de Srebrenica, no hicieron nada para defenderlos. En los noventa, la Unión Europea estaba resurgiendo por las caídas de los sistemas comunistas y no querían aceptar que hubiera una guerra, y tampoco iban a ponerse a defender musulmanes. Es más

complejo que eso pero está bien simplificar: todo lo que hago acá es simplificar muchísimo, y por eso también puedo afirmar que los bosnios no quieren a los yanquis ni a los europeos. Hay que ver lo que pasó en Srebrenica, la tarea ineficiente y cómplice de las Naciones Unidas, la intervención tibia de Estados Unidos, el silencio de las grandes potencias, la falta de ayuda internacional para un pueblo que estaba siendo masacrado de la forma más horrible que podamos imaginar.

Una mañana camino por Mostar con el mate. Un pibe que vende lavanda me dice en inglés: argentino. Le digo que sí y nos ponemos a hablar. Me cuenta de su fanatismo por Juan Sebastián Verón, Diego Simeone y Hernán Crespo: de chico miraba mucho a la Lazio. Yo le digo que no me gusta la Lazio por su hinchada, y él que tampoco. Dice: me enteré de grande que eran fascistas, yo odio a los fascistas, pero el fanatismo por la Lazio es otra cosa. Es también de mi generación y me cuenta que creció en un edificio abandonado, sin electricidad, solo con su mamá, porque su papá se perdió en la guerra. Del presente dice que la ciudad está dividida entre bosniacos y croatas: hay dos escuelas, dos equipos de fútbol, dos municipalidades, y no se mezclan. Dice que no ve ningún tipo de futuro, que Estados Unidos es muy hipócrita al cuestionar a Rusia en Ucrania porque ellos hicieron lo mismo en Irak, en Afganistán, y remata: mirá lo que le hicieron a Cuba y a Venezuela. Después aclara que sabe lo que es la guerra y que no se la desea a nadie. Dice: yo sé lo que es la guerra, me angustia mucho lo de Ucrania, una guerra es lo peor que le puede pasar a un país, acá ya van veinticinco años que terminó y todavía no podemos recuperarnos. Me dice muchas cosas más, pero lo que recuerdo como si fuera todavía hoy es el tono desganado de su voz, como si estuviera cansado de hablar conmigo, del fútbol italiano, de contarme lo que me cuenta, de pensar en su ciudad. El rato que pasamos juntos repite un movimiento: pone las manos en una fuente enorme de lavanda y revuelve, como un tic, mientras me habla. Mira para abajo y mete la mano en la lavanda, saca un puñado, la deja caer de a poco, la lavanda cae del puño como el hilo de una cascada, la vuelve a juntar y la mira fijo, atento, despacio, como si ahí pudiera encontrar una respuesta para los problemas bosnios o, mejor, un túnel que lo lleve a un universo paralelo donde la guerra no haya existido.

Tomás Schuliaquer nació en 1990 en la ciudad de Buenos Aires. Publicó las novelas *Una flor que allá no existe* (Caterva, 2019) y *Familia etc.* (Promesa, 2022). Es parte de la coordinación de JJ Circuito Cultural, un centro cultural del Abasto, y viajó un tiempo breve por los Balcanes con una cámara analógica que le prestó una amiga fotógrafa.

"La quemada hermosura de la vida"

Poemas de Francisco Brines

Sombrío ardor

No como las estrellas, que dan luz,
mas también incontables cual los átomos
que habitan negros en las hondas cuevas,
los encuentros del cuerpo, sin amor,
solo son actos de tinieblas. Nada
perdura en mí de aquellos miembros, dicha,
fuego, sonrisa. El sombrío ardor
desvaneció su huella en la memoria,
dejó solo un cansancio. Y ahora vuelvo
al encuentro del cuerpo en las tinieblas,
y en el sombrío ardor toco la vida,
espectro lujurioso. Rueda el tiempo
por las sordas paredes de este cuarto,
y siento que la vida se deshace.
Escucho el corazón, y su latido
oscuro nada dice, fuego implora,
mendiga eternidad para la carne.

Merecida la luz nos la destruyen,
¿en dónde está?; mirad con cuánta prisa
hemos llegado al hueco sofocante.

El más hermoso territorio

El ciego deseoso recorre con los dedos
las líneas venturosas que hacen feliz su tacto,
y nada le apresura. El roce se hace lento
en el vigor curvado de unos muslos
que encuentran su unidad en un breve sotillo perfumado.
Allí en la luz oscura de los mirtos
se enreda, palpitante, el ala de un gorrión,
el feliz cuerpo vivo.
O intimidad de un tallo, y una rosa, en el seto,
en el posar cansado de un ocaso apagado.

Del estrecho lugar de la cintura,
reino de siesta y sueño,
o reducido prado
de labios delicados y de dedos ardientes,
por igual, separadas, se desperezan líneas
que ahondan, muy gentiles, el vigor más dichoso de la edad,
y un pecho dejan alto, simétrico y oscuro.
Son dos sombras rosadas esas tetillas breves
en vasto campo liso,
aguas para beber, o estremecerlas

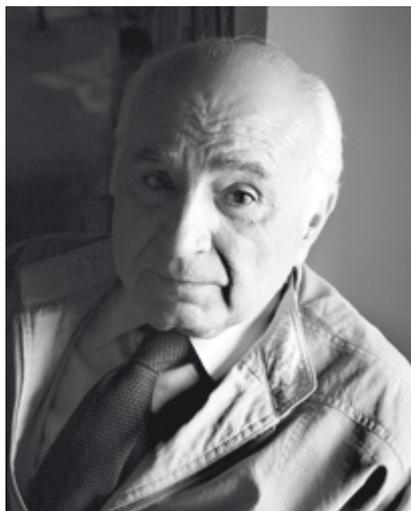
y un canalillo cruza, para la sed amiga de la lengua,
este dormido campo, y llega a un breve pozo,
que es infantil sonrisa,
breve dedal del aire.

En esa rectitud de unos hombros potentes y sensibles
se yergue el cuello altivo que serena,
o el recogido cuello que ablanda las caricias,
el tronco del que brota un vivo fuego negro,
la cabeza: y en aire, y perfumada,
una enredada zarza de jazmines sonríe,
y el mundo se hace noche porque habitan aquella
astros crecidos y anchos, felices y benéficos.
Y brillan, y nos miran, y queremos morir
ebrios de adolescencia.
Hay una brisa negra que aroma los cabellos.

He bajado esta espalda,
que es el más descansado de todos los descensos,
y siendo larga y dura, es de ligera marcha,
pues nos lleva al lugar de las delicias.
En la más suave y fresca de las sedas
se recrea la mano,
este espacio indecible, que se alza tan diáfano,
la hermosa calumniada, el sitio envilecido
por el soez lenguaje.
Inacabable lecho en donde reparamos
la sed de la belleza de la forma,
que es solo sed de un dios que nos sosiegue.
Rozo con mis mejillas la misma piel del aire,
la dureza del agua, que es frescura,
la solidez del mundo que me tienta.

Y, muy secretas, las laderas llevan
al lugar encendido de la dicha.
All  el profundo goce que repara el vivir,
la maga realidad que vence al sueño,
experiencia tan ebria
que un sabio dios la condena al olvido.
Conocemos entonces que solo tiene muerte
la quemada hermosura de la vida.

Y porque estás ausente, eres hoy el deseo
de la tierra que falta al desterrado,
de la vida que el olvidado pierde,
y solo por engaño la vida está en mi cuerpo,
pues yo sé que mi vida la sepult e en el tuyo.



Francisco Brines nació en Valencia en 1932. Ubicado dentro de la Generación del 50, como Rafael Sánchez Ferlosio o Juan y Luis Goytisolo, entre otros, se considera a su obra heredera de Luis Cernuda y Constantino Cavafis, tal vez por la presencia de homoerotismo. Recibió el Premio Cervantes en 2020 y murió unos días después de la ceremonia, a los 89 años, en Gandía. Entre sus libros se cuentan *Las brasas* (1960), *El santo inocente* (1965), *Aún no* (1971) y *Donde muere la muerte* (2021).



CINE

Años difíciles

Programas de cine en el Departamento de Materiales Musicales y Multimediales

La primera vez que se proyectó una película en un cine de Argentina, un espectador se tiró de la platea por miedo a una locomotora que avanzaba por la pantalla. Si bien hoy ese impacto ya está completamente asimilado, las películas continúan siendo una ampliación de la mirada en el espectador.

¿Cómo operan los entes culturales en el imaginario colectivo? Durante la primera presidencia de Perón, en 1946, se aprobó la Ley de Cine (12299), que aumentó la accesibilidad al financiamiento para producir y determinó que todos los establecimientos dedicados a la actividad programasen al menos una película argentina por mes.

El estudio de épocas pasadas interpreta a cada sociedad mediante la exploración de su lenguaje del momento, presente en las producciones culturales. Tiempo atrás, los cines distribuían en las salas sus programas impresos, muchos hoy conservados como archivo en el Departamento de Materiales Musicales y Multimediales de la BN, de manera tal que es posible ver en ellos desde un estallido político en puerta (en pleno agosto de 1955, el programa del cine Premier publicitaba en su programación una película llamada *Hombres sin bandera* mientras que la Fuerza Naval había bombardeado Buenos Aires) hasta un vaticinio involuntario (tan solo unos meses después, el Gran Cine Sarmiento contaba en su programación con la película *Los nuevos ricos* y anunciaba: “próxima película: *Años difíciles...*”).

Las asignaciones específicas que garantizan la continuidad de los recursos que se distribuyen de manera federal por ley para cine, música, teatro, bibliotecas populares y comunicación visual se aprobaron recientemente. El apoyo continuará, entonces, hasta 2072.

#AlgoParaVer: *La pródiga*, dirigida por Mario Soficci. El film se terminó de rodar en octubre de 1945, aunque por gestión de Juan Domingo Perón —que se casó con Eva Duarte, la protagonista, el 22 de ese mes— fue sacado de circulación.

Daniela Carreira



Borges e Israel: diálogo

Borges asimilaba el concepto de civilización occidental a lo griego y a lo judío. En esa noción, de una manera inequívocamente borgeana, significaban lo mismo: "Si pertenecemos a esa civilización entonces todos nosotros, a pesar de las muchas aventuras de la sangre, somos griegos y judíos". Se cree ver la clave de esta definición en la gnosis esencial que encontró Borges en la cultura judía: el pueblo del libro, la mística y la filosofía, la Cábala, el Golem, Spinoza y Martin Buber. Organizada a partir de ejes que incluyen el plano familiar y personal, la mística y filosofía judía y la Cábala, la muestra persigue las influencias literarias y las huellas de temas judíos en su literatura. El plano íntimo y personal aborda el origen judío de su familia materna, la profunda impronta tutorial de Rafael Cansinos Assens, la amistad con los intelectuales judíos argentinos y su visita al Estado de Israel en ocasión de la recepción del Premio Jerusalén en reconocimiento a su obra intelectual. A través de las influencias literarias se dan a conocer sus lecturas e interpretaciones de Baruch Spinoza y de Martin Buber, así como su interés en la mística judía y la Cábala. También, la fundamental identificación con Kafka como modelo de escritor y su concepto de precursor literario. A partir de las huellas de temas judíos en la literatura de Borges, se explora el modo de escritura borgeano, la apropiación de nombres, figuras y mitologías de esta cultura y su asimilación al entorno de Buenos Aires.

Borges e Israel: diálogo se puede visitar hasta el 30 de diciembre de 2022 en la Sala del Tesoro de lunes a viernes de 10 a 18 hs. y sábados de 12 a 18 hs., y en el hall del tercer piso de la Biblioteca Nacional de lunes a viernes de 9 a 21 hs. y sábados y domingos de 12 a 19 hs.



BREVES

La Biblioteca Nacional firmó un convenio de cooperación con La Nube

Parte del acervo bibliográfico de la biblioteca La Nube sobre infancia y cultura estará a disposición del público en un espacio brindado por la Biblioteca Nacional.

El acuerdo, que se concentra sustantivamente en efectuar una selección del acervo bibliográfico de la biblioteca La Nube con la colaboración de personal de la Biblioteca Nacional, tiene como objetivo, en una primera etapa, trasladar el material relacionado con la investigación y la historia de las infancias a un espacio físico asignado por la BNMM. El mismo se llevó a cabo con la participación y el apoyo del Ministerio de Cultura de la Nación.

Así, el local perteneciente a la Biblioteca situado en avenida Las Heras 2599 será cedido gratuitamente para la biblioteca La Nube con la intención de desarrollar allí las actividades planeadas de forma independiente por cada institución o aquellas compartidas por ambas, colaborando con el proceso continuo y evolutivo de organización y desarrollo de contenido cultural, plural, participativo, gratuito y de libre acceso.

La Nube fue creada en 1975 como librería especializada en literatura infantil y constituida formalmente como Asociación civil para la promoción y difusión de la cultura en las infancias en 1996, siendo reconocida por personalidades del quehacer cultural y por organismos nacionales e internacionales, convirtiéndose en referente nacional, latinoamericano y mundial en la temática. Reconocida como un espacio cultural que reúne a las infancias con la lectura y la cultura, La Nube comparte un universo semejante al de la Biblioteca Nacional: el fomento para la investigación de sus fondos, indagando la niñez, entre el análisis y la comprensión, a través de su historia.

MUESTRAS ITINERANTES

Landrú llega a Mar del Plata

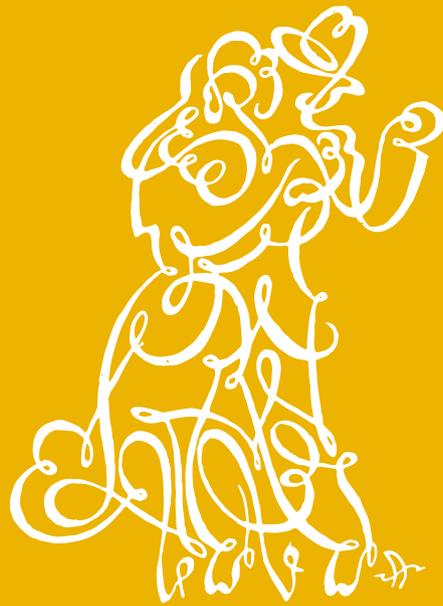
Desde el 6 de enero al 28 de febrero, el Museo Municipal de Arte Juan Carlos Castagnino de Mar del Plata inaugura *Breve historia universal de Landrú*, exhibida originalmente en la BN durante 2018. En esta oportunidad se añade a la exposición una serie de fotos del autor en la Ciudad Feliz y viñetas relacionadas con los usos y costumbres veraniegos.



Tía Vicenta, nro. 51, 29 de julio de 1958.



Fotografías de Landrú y su familia durante sus vacaciones en Mar del Plata.



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO